





*Antropología teatral poética*

LA PASIÓN DEL PIQUETERO



VICENTE ZITO LEMA

LA PASIÓN DEL PIQUETERO

*¡Hay que matar a los pobres!*

*Ilustraciones  
Aimée Zito Lema*

Colección  
*Narrativa y poesía*

EDITORIAL  
EL COLECTIVO 

Buenos Aires, 2010

Zito Lema, Vicente

La pasión del piquetero. ¡Hay que matar a los pobres! - 2a ed. -

Buenos Aires : El Colectivo, 2010.

144 p. : il. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-1497-31-7

1. Literatura Argentina . 2. Poesía . 3. Teatro.

I. Título

CDD A860

Diseño e ilustración de tapa: Florencia Vespignani

Diagramación interior: Fernando Stratta

### **Editorial El Colectivo**

[www.editorialelcolectivo.org](http://www.editorialelcolectivo.org)

[editorialelcolectivo@gmail.com](mailto:editorialelcolectivo@gmail.com)

### **Copyleft**

 Esta edición se realiza bajo la licencia de **uso creativo compartido** o **Creative Commons**. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:

 **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).

 **No comercial:** se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.

 **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.



*Este libro fue escrito y se publica en memoria de  
Darío Santillán y Maximiliano Kosteki.  
Hermosos luchadores sociales,  
jóvenes acribillados a balazos  
por una partida policial  
de la provincia de Buenos Aires  
el 26 de junio de 2002,  
durante la violenta represión  
organizada y amparada por  
el Poder en el Puente Pueyrredón  
y que culminara como tragedia  
en la estación de tren de Avellaneda.*

## PRESENTACIÓN

El 26 de junio de 2002 el gobierno de Eduardo Duhalde desató una represión criminal sobre la manifestación que mantenía cortado el Puente Pueyrredón, en la que fueron asesinados Darío Santillán y Maximiliano Kosteki. Más de cuatro mil desocupados habían llegado hasta Avellaneda aquella mañana, en una jornada que dejaría además un saldo de 33 heridos de balas de plomo. La investigación sobre los hechos fue plasmada en el libro *Darío y Maxi. Dignidad piquetera*, publicado en el año 2003 por el Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón.

El 17 mayo de 2005 se inició el juicio por la Masacre de Avellaneda. El Frente Popular Darío Santillán mantuvo entonces un acampe durante más de 40 días. Ocho meses después, el 9 de enero de 2006, se lograría la condena de los autores materiales de la represión. Ese mismo día se estrenaba frente a los tribunales de Lomas de Zamora *La pasión del piquetero*, de Vicente Zito Lema, como parte de las actividades de la vigilia que llevaron adelante distintas organizaciones sociales, movimientos de desocupados, organismos de derechos humanos y agrupaciones estudiantiles.

“¿Cómo pueden la belleza y la tragedia dormir en la misma cama?”. El empecinamiento de la vida se funde, de algún modo, en la certeza de la muerte como absurdo; el empecinamiento es un absurdo—¿lo es?—. ¿Qué nos empecina, qué nos lleva a rescatar del centro mismo del absurdo, imágenes claras, palabras sencillas, con las que denominamos el mundo y le otorgamos textura a la realidad, realidad que todavía, algunxs insisten en no ver?

No alcanzan las metáforas, hay un algo previo que se enreda en

las manos del poeta, para darle a la poesía sentido propio, de espacio conquistado, ocupado, expropiado al imperio de la vanalidad, para erigirse en “potencia reveladora” que muestra “las cosas como son”.

¿Y cómo son las cosas? Atropelladamente difusas, conmocionantes, altamente traumáticas. Cosas que necesitan de nuestras palabras e imágenes, para iluminar y que nos iluminen.

Si la investigación desarrollada en *Darío y Maxi* es el relato periodístico que evidenció la planificación criminal de la Masacre de Avellaneda, *La pasión del piquetero* es el relato poético que resuscitó la dignidad y el carácter profundamente humano de los militantes asesinados en el Puente Pueyrredón. Ambos trabajos se inscriben en una tradición que Rodolfo Walsh inaugurara con *Operación Masacre*, al denunciar los fusilamientos en un basural de José León Suárez tras el levantamiento del general Valle en 1956, y continuara Paco Urondo con *La patria fusilada*, dando testimonio sobre la Masacre de Trelew en 1972.

¿Cómo pueden abrir, en el desierto, las brillantes flores de los cactus? Empecinamiento de agua, o en palabras del mismo Vicente, “la obstinación obstinada del amor”. Obstinación del poeta en hacer de la tragedia una oda a la vida, cuando la muerte no llega, sino que irrumpe, absurda, del brazo largo del imperio para convencernos de que la lucha por la dignidad es el absurdo. Pero lejos de convencernos, nos empecina.

La publicación de esta obra, a más de 8 años de los acontecimientos, no persigue otro fin que el de continuar exigiendo justicia y cárcel a los responsables políticos de la muerte de nuestros compañeros. Sabiendo que la poesía no redime la muerte, y que la belleza ya es parte de su ejemplo, continuar su lucha es el único homenaje posible.

Editorial El Colectivo  
Buenos Aires, diciembre de 2010.

## LA CUESTIÓN HISTÓRICA

*Cada uno en su tiempo —y pudor de héroe por semejanza—  
Cumplió con las duras tablas de la dura ley  
Que el olvido cubre  
Y la pasión desnuda:  
Representar al que sufre  
Alzarse contra quien hace sufrir  
Organizar como sufrientes a los sufridos...*

*...En el origen de las palabras  
La deuda suena como culpa  
Y la culpa se conjuga como crimen...  
¿Nunca dejará la muerte  
De cobrarse la vida con usura...?*

Buena parte de la sociedad argentina levantó por un momento las clausuras de su espíritu cuando fue ultimado a mansalva el joven piquetero Darío Santillán, en la estación de tren de Avellaneda.

Estaba allí auxiliando a Maximiliano Kosteki, otro joven piquetero herido de bala por las “fuerzas del orden”, empeñadas en una represión sin límites contra quienes habían pretendido cortar el puente Puyerrredón.

Sin poder hacer más, Darío tomó la mano de su compañero, yacente sobre el suelo en el final de su agonía, acaso para que no sintiera el horror de la soledad en el momento del adiós. Tal acción,

de profundo valor humanístico, tuvo por contracara los tiros que le pegó con absoluta impunidad y a sangre fría un alto oficial de la policía bonaerense, al mando de una partida de verdugos, cumpliendo un plan del poder, con notorios instigadores y organizadores.

La crueldad del hecho, su alevosía —incluso los cuerpos abatidos fueron humillados a la vista de todos—, hizo tomar conciencia a muchos de una constante histórica, que marca la vida de nuestro país desde el mismo momento de su fundación: la necesidad de la riqueza de perpetuarse en el crimen de la pobreza, los intereses económicos que cruzan sus espadas a la luz del día y en las sombras de la noche con igual crueldad, las ideas enfrentadas sobre el mundo posible, las prácticas culturales y pasiones de sus principales sectores sociales en pugna, se dirimen en el momento más álgido de la contradicción a través de las armas, como obliga el poder en sus encerronas, y con un elevado costo de víctimas, que siempre pagan con usura los sectores populares, desarmados, o mal armados y peor organizados. No es sólo la muerte violenta, y la impunidad que garantizan los jueces y otros estamentos del sistema a los verdugos, se une a ello, realimentando el conflicto, el hecho que el sector social dominante utiliza formas atroces de exterminio cotidiano (el hambre, la mortalidad infantil, la exclusión absoluta de los más débiles, que llega a la extirpación de la conciencia crítica y la deshumanización de la especie humana), y genera instituciones perversas en el seno del Estado, como las desapariciones, a la par de los destierros, las prisiones políticas y la tortura sistemática para reproducir su visión momificada de la sociedad y perpetuar los privilegios hasta el grado de obscenidad.

La historia y su devenir no comienzan cuando irrumpen en el escenario los héroes y los ángeles. Tampoco en el momento que el

espejo de la vida nos refleja participando de las luchas sociales, a caballo de una toma de conciencia crítica de la realidad. Y bien se sabe que esta conciencia no preexiste, sino que se forja con nuestros actos y con la reflexión sobre el sentido final de los mismos.

De allí que la conmoción pública causada por las muertes de Darío Santillán y la de su compañero Maximiliano Kosteki (consecuencia directa de un nuevo Terrorismo de Estado para “escarmentar hasta el hueso” a los militantes sociales, y en especial al movimiento piquetero: suman trece sus muertos en una épica *resistencia de la dignidad*), deba necesariamente relacionarse –por su afinidad en el tiempo y en las causas– con las muertes ocurridas en el país durante el 19 y 20 de diciembre del 2001, en lo que fue visto como una “pueblada” contra el poder. Más aún, debe encuadrarse en una continuidad histórica de gestas y sacrificios populares. Si hablamos entonces de estos mártires de hoy, y de los caídos por las calles en esos días, hablamos también de los miles de desaparecidos, de los fusilados de Trelew, de los muertos en los bombardeos de Plaza de Mayo de 1955 y de los ultimados el 9 de junio del año siguiente, de los obreros sacrificados en la Semana Trágica y en el Cordobazo, de los peones cazados a tiros por su rebeldía en la Patagonia, a principios del siglo XX, y de tantos patriotas conocidos o anónimos cuya sangre marca la historia argentina desde los sueños frustrados de la Revolución de Mayo.

Los hechos de la realidad tienen múltiples lecturas, y muy contradictorias. La lectura que hace el poder desnuda siempre una pretensión de verdad absoluta, que denigra, excluye, minimiza y hasta destruye las otras visiones y sus discursos que desean contar el mundo como una totalidad con sentido. El autoritarismo del poder y su pensamiento único, es la manera concreta de sostener, desde una

concepción paradójicamente metafísica y por fuera de la historia, la cultura de la muerte.

Nosotros buscamos leer la realidad argentina —y no lo ocultamos—, desde el lugar de las víctimas, de quienes construyeron sus vidas tras ideales que se remontan a Prometeo y que fueron sintetizados tan bien por Gervasio Artigas: *naide es más que naide*.

Se trata de una lectura de raíz social, que abarca sus propias alegorías, que se define dramática antes que trágica, en tanto no cierra las puertas del destino, y que reclama al que mira y relata su involucramiento tanto en el discurso como en la acción.

Hay aquí el deseo de integrarse —primigeniamente desde el arte—, en un proceso dinámico para la construcción de una realidad humana, libre y desalienada, que mientras devela provoca la reflexión y se torna conciencia al amparo de una ética liberadora. Una realidad que también demanda la belleza, en su dimensión más convulsiva, única posibilidad de que Eros se imponga sobre Tánatos, en un instante tan frágil como la vida misma, y que sin embargo imaginamos eterno... (tras el encuentro de la vida cotidiana con el deseo).

La victimización de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, que denuncia el hoy histórico (como tantas muertes que expresan otros momentos culminantes de la lucha de clases en la Argentina), se convierte finalmente en el discurso del dolor, un dolor que merece transformarse en esperanza de nuevos tiempos y de felicidad social, si es que la esperanza no fue saqueada y se rompe el confinamiento teologal, para expandirse en las dialécticas materiales de la aventura humana.

Por eso contamos la historia de estas muertes —una *pasión piquetera*, una épica liberadora, una dinámica de la subversión frente a

la ley de la usura—, con la boca de la poesía, que es la boca donde siempre comienza la vida, como una auténtica ceremonia de la rememoración. La muerte de Darío y Maxi es en definitiva la muerte de los sectores más humildes de nuestro país, ese mundo constante y creciente de pobres y excluidos que aún a gritos y mordiscones se aferran a su existencia, de aquellos sacados de sí y puestos fuera de los otros, en los espacios de la mortificación, y de quienes se identificaron con ellos. Apelamos entonces a una vastedad de silencios y de voces, incluyendo la de los sujetos que provocaron las muertes, buscando que el drama se instale ante nuestros ojos, desnudando al poder en su uso maléfico de lo que califica como *Razón de Estado*.

Hay detrás de todo esto una obstinada necesidad, que se realimenta en la historia y en nuestra voluntad: que la belleza redima tanta desgracia y la ética de las *pasiones alegres* se instale como el único mandato de nuestras conductas sociales. Que la desmesura sea perdonada.

## POST SCRIPTUM I

Este texto, que recoge reflexiones expuestas a viva voz en distintos escenarios sociales, y que publicamos hoy, a cinco años del asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, como introducción a las poéticas de rememoración de las víctimas y exaltación de su gesta, se actualiza dramáticamente con la reciente desaparición de Jorge Julio López, testigo de cargo contra el Terrorismo de Estado, y con la fusilación del docente Carlos Fuentalba, en una ruta de Neuquén, por la mano de fuerzas policiales cumpliendo órdenes del gobernador de la provincia.

La justicia, como las estrellas soñadas en las tormentas de la infancia, *brilla por su ausencia*.

No hay aquí inocentes, sino una perversión organizada para la perpetuidad del poder.

V. Z. L.

Buenos Aires, junio de 2007.

## POST SCRIPTUM II

Han pasado tres años, alguien podría contar las nubes, las lluvias y las lunas que se han visto. Alguien también podría, sin renunciar a la belleza, dar cuenta de las luchas por un mundo más humano, que no se detienen; al igual que la violenta reacción del Poder. Ahí está el cuerpo sangrante de Mariano Ferreyra, fusilado por una patota sindical. Ahí está al costado de una ruta en la provincia de Formosa, Roberto López, de la Comunidad “La Primavera”, del pueblo originario Qom, pagando con su vida la lucha por su dignidad y por la tierra que desde los siglos y los siglos les pertenece. Ahí están en el Parque Indoamericano los muertos por soñar con una vivienda digna, aún en la precariedad de pura precariedad. En esta historia ni siquiera hay tiempo para la piedad. En esta manera de reproducir el mundo sabemos que el Poder es y seguirá siendo lo que es. Quienes lo enfrentan por el bien de todos igual seguirán en el camino, por arduo que sea, pese a la crueldad, cargando sobre sus espaldas, con amor, a los muertos.

V. Z. L.

Buenos Aires, diciembre de 2010.

## LA CUESTIÓN ESTÉTICA

### *Legitimidad y urgencia del arte frente a las masacres del Poder*

Alegorías sobre una tragedia sureña (con un escenario de puentes cortados, calles a las corridas entre tiros y gases y una estación de tren que de ahí en más tendrá los aires escalofriantes de una pira funeraria), que memora y resuena desde el cuerpo crispado por otras tragedias.

Son huellas de una sola historia de pérdidas y perdedores, magnificada en la abundancia de una crueldad que se reitera y provoca, más que mortifica, con las letanías del criminal impune.

Metáforas del alma en vilo, sacudidas por los dioses del horror, una a una engarzadas como rosas negras en la cuerda musical de las rapsodias, para que la inocencia reconozca su mismidad en la postrera mirada de un otro sufriente.

Hay un eco de rebelión que se silencia y un espejo de piedad que se opaca, en un tiempo de cultura cuya banalidad espanta.

Hay más: una desesperación que emana como fuego de la conciencia y demanda subvertir, o al menos hostigar —aunque nuestras fuerzas den hoy apenas para el mordisqueo en los talones—, un orden social de naturaleza perversa, edificado sobre la economía de la usura: hasta el amor tributa y la deuda por estar vivos se amortiza con retazos de vida.

Se trata de un proceso de metástasis, que reproduce seres cuyo deseo fundante es devorar al más débil, y su necesidad alienada de consumo se consume en la demonización de las conductas diferentes, como prólogo al castigo.

La imagen que cierra el círculo es un cadáver cuya marca general

es la pobreza, su rostro no se mira y su nombre puebla los rosarios del olvido.

El espíritu de la época se obstina con su realidad: para que la maldad ocurra también se precisa de una estética, sea que los cuerpos del martirio se arrojen a las aguas, se profanen en un basurero o en el medio de la calle.

De allí que se agudice la dictadura del pensamiento que impone a palos la finitud opacada de la historia y el abandono de los grandes relatos, que anticipan y resguardan las epopeyas de la criatura humana. La contracara triunfante es un obscuro estilo de vida, que deviene, entre otras cosas, en la hipocresía reluciente del artista adaptado (o castrado), que se pavonea en los bordes de la angustia ante la crueldad del mundo, pero no deja de reproducirlo con una complicidad que asquea, mientras se lame su dorado ombligo con aires de Don Juan, y en la inexorable confusión de la belleza con la muerte, sea literal o metafórica, siempre de “buenos modales”, aún cuando lave su lengua en un campo clandestino o en un burdel.

Urgidos por el pudor del naufrago que sobrevive al naufragio, concientes del privilegio de integrar el discurso de resistencia social y a la par romántico del arte (o sea: sobre el escenario de la Masacre pulsar la cuerda amorosa que sublima las tristezas y las pérdidas del alma, y despreñar la conversión de la belleza en mercancía de éxito, jugando la partida de ser en la existencia a todo o nada), desnudamos, con más precariedad que certeza, el proceso de creación, en una época donde la ferocidad del poder aviva la muchedumbre cotidiana de desgracias.

Se trata de la decisión, profundísima, de instalar una génesis contestataria de la belleza (véase una sombra dionisiaca a contrapie del orden apolíneo), en su convulsión dialéctica. Una belleza de la

sospecha para la verdad, el peligro como estética y la desesperación nutriendo la ética final, que se nutre en la experiencia dolida o feliz del otro, experiencia que sentimos como propia y así la revivimos, siempre apasionados.

Una belleza marcada con hierro en las montañas de la libido, que condena la mansedumbre del buey, orina sobre el lecho donde la paz duerme en los brazos del esclavo e interroga sobre el sufrimiento del sufriente. Una belleza que ata y desata, que mueve y conmueve, que se vale de los balbuceos y los silencios, la ira y los rezos hasta consumir el grito que demuela. (La serenidad y la contemplación se dejan para los muertos en el fin de la contienda.)

De una voluntad por develar los pliegues de la realidad, que fue lírica, y que hoy sin renegar de los celestes del cielo se asume apostrofica (como el piso del chiquero perlado de sangre y excrementos, que espanta a los ángeles de la pesadilla, y que el poder nos desafía a transitar), nacen los *cantos de pasión*, en su vastedad de géneros y en su multiplicidad dramática; son su aurora.

Pasión eterna en su origen, más que agónica, liberadora, en tanto aceptamos ser fieles como artistas a una exaltada poética de la vida, que no admite renuncios: obliga a quemar las naves.

A caballo de las visiones hablamos de una *ansiedad de luz*, entendida como *razón poética*, y de una praxis tan redentora como subversiva, que no renuncia, en la urgente necesidad del que se ahoga, a cortar la mano del verdugo. Paroxismo de la conciencia, belleza al fin, frente a la oscuridad profunda –tan cruel como cómplice, la impía– con que la muerte, en las fronteras del olvido, disfraza nuestro tiempo ante las almas extraviadas por el mismísimo dolor...

*...Cada mañana la mañana / pálida y aún frágil / abre los ojos de la mañana que espera...*







## SONATINAS

*Anuncios mientras llega el alba...*

*La búsqueda del bien y de la belleza  
a través del lenguaje del mal (hablo  
de la blasfemia como de un rezo y traigo a luz  
la escatología... sin guantes de seda...)  
es una experiencia límite, y acaso en la  
desesperación algún espíritu se humilla...*

*Vamos... Si el mal existe para la muerte,  
como tristeza, se abre allí un infinito...  
¿Qué esperan oír cuando muele el aire  
la lengua de un verdugo...?  
¡No hay músicas en las cloacas del alma!  
¡Y el “deber moral” apesta, sin mayor escándalo!*

*Con tantísima pasión nada  
dejó de traficarse...  
Toda materia fue profanada sin gozo...  
Aquí, en estos días, que de vivir, morimos,  
más que en demencias, solos...*



# LA PASIÓN DEL PIQUETERO

(¡Hay que matar a los pobres!)

## ESCENA PRIMERA

*(Se escucha música de oboe o violoncello. La música nos habla de la desolación de alma; quien toca está en escena, casi en penumbras.*

*Se escucha la voz, muy baja, de una mujer que canta, dulce y dolorosa. Ella también está en escena, bajo las mismas penumbras.*

*En otro espacio se muestra el coro, viste ropas hechas con bolsas de residuo, de plástico negro. Cubran sus rostros con armoniosas máscaras. En otro espacio, más lejos, se verá al poeta.)*

POETA: La noche se presenta pálida y agónica,  
como un testigo de la eternidad.  
Tengo preguntas en la noche...  
La luna quiere saber de la mar: su estruendo  
la espanta.  
Enjambres de flores alucinadas increpan  
la desolación de la tierra: se marchitan.  
Los niños escuchan las respuestas de las  
vírgenes de la piedad: el hambre  
no tiene respuesta.  
Mil preguntas flotan en la noche. En el cielo  
del perpetuo socorro se alza una cascada de  
nubes rojas.  
Sé que la agonía de la noche es el  
comienzo de todas las agonías.

Veo venir los soplos  
siempre agrios del dolor que se llama soledad.  
Sé que la eternidad de la noche es un espejo  
de la fugacidad del día. Escucho los pasos  
de la resignación. (Son de mi cuerpo,  
pero no son míos...)

La voz de mi madre llega con la liviandad  
de un susurro, el viento del sur mueve  
las cañas de bambú  
y ella aleja la palidez de la noche  
—Hijo, te conozco. Nunca te resignarás. Ya  
de niño preguntabas todo.  
—¿Por qué la muerte de esos cuerpos, madre,  
sangrando como ríos por la calle?  
—¿Por qué la muerte de esas almas, madre,  
ya secas como piedras, arrastradas como sacos  
de basura, en la estación de tren de Avellaneda?  
—¿Ellos qué deseaban, hijo?  
—Uno se agitaba por el reino de la belleza...  
El otro pretendía la justicia del cielo  
aquí, en la tierra...  
—Ya tienes las respuestas sobre sus muertes, hijo...

La noche avanza sobre el día,  
pálida y agónica.  
La única eternidad que se escucha es el silencio.  
De los muertos es la quietud de la muerte.  
De los vivos es la desesperación de la vida.

CORO: Esta tierra de albas rosas se pudrió,  
no por la lluvia;  
Ya nada crecerá de buena eternidad;  
Cielos baldíos  
¡Que la desgracia sea!  
Esta materia sin sentido / lejos del sueño;  
Sin otra lágrima que el grito, sin más  
voz que el silencio...  
¡Que la soledad sea!  
Estos cuerpos apenas /  
fuera del alma  
Sombras abandonadas  
a la piedad de un Dios...  
Sangrando, asfixiadas, como estrellas,  
más que ciegas, frías...  
¡Que el mayor dolor sea!

*(Se silencia el Coro de Vida, se acrecienta la oscuridad, a la par se acrecienta la voz de una mujer que canta, dulce y dolorosa.)*

*(Ahora hay una luz fuerte y dura. Aparece el Verdugo. Es un hombre grande y cruel. A veces solemne, también patético. Lo acompañan sus dos Bufones, manifiestamente obscenos, en sus ropas, en su maquillaje, en su andar. Van arrojando flores al aire. Durante el desarrollo de la escena los Bufones se esmerarán en limpiar y perfumar el cuerpo del Verdugo, en poner pinturas y polvos en su rostro, en untar con aceites su pelo... También parodiarán sus acciones, más que grotescos, tan cínicos y ajenos de la vida como si portaran la peor de las pestes...)*

VERDUGO: Son tiempos difíciles para este verdugo. (*Ríe.*) Medio imbécil. O poco sabio; que más temprano que tarde tendrá que poner los puntos sobre las ies.

Es mi obsesión, lo admito: los puntos sobre las ies.

Un modesto pero necesario remate para que la gigantesca estructura de la historia no se desmorone, como esos hermosísimos castillos de arena, incapaces de soportar la primera ola.

Y yo, apenas un vulgar verdugo, puesto en la acción por el destino. Aquí me planto, frente a las olas.

...Nada mejor que los muertos para detener las olas. Ellos son los puntos sobre las ies... (*Se muestra ausente*) Aunque alguna lágrima borronee las palabras...

...Decía que estos tiempos son difíciles... No se distinguen bien las líneas del futuro... Sobran las manos ásperas...

La guerra es eterna entre la luz y las tinieblas... Se necesitan enemigos claros sobre la arena, que encarnen sus pasiones... sin treguas, hasta el fin...

Si se alteran estas reglas, la guerra se aleja de la tragedia...

Se vuelve un aberrante caos indigno de la historia...

No se puede escarmentar a la multitud. Es más eficaz matar de a uno, para espantar el rebaño...

Pero en estos tiempos de pobres y pobres... una tromba de estiércol... que lloran con sus crías a cuestras y gritan monótonos y soeces por las calles, que mezclan el hambre con redenciones y Apocalipsis que ni siquiera entienden, es tan confuso el discurso del bien como difícil encontrar la cabeza de la hidra que el buen verdugo debe segar. Se complica la tarea. Lo mío es ejecutar, y ahora también me toca señalar una cabeza entre miles...

¡Aturde esta marea de pobres...! ¡Convierten en mortales asuntos que fueron sagrados! ¡Su naturaleza es tan vil como ayer la de los esclavos!

¡Siento que me confunden los juegos del poder! Las órdenes desde su boca también se contradicen. Pretenden servir a dos patrones, quedar bien con Dios y el Diablo, ser piadosos sin bajar la cruz... Debo afinar el oído y agrandar el entendimiento... Más que castigos hay sugerencias... Nadie pone realmente su cara... Habrá que redoblar la paciencia. Ya llegarán otra vez los tiempos claros. Donde alguien diga, simplemente: “yo he venido aquí a meter espada”.

El poder nunca está solo. El buen verdugo tiene que saberlo, o poner su cuello en remojo... Detrás del poder hay cuerpos que lo sostienen, a veces se muestran... Aunque gozan más el anonimato, la oscuridad. ¡Desde allí cuidan lo suyo! ¡El orden privado! ¡Su sagrada propiedad! Son manos que arriman la pluma al que firma la orden... Ayudan a sostener la horca... Son voces... Son voces... Las escucho...

*(Mientras el Verdugo va hablando, se escucharán desde la oscuridad murmullos, quejas y ruidos del Coro, generando un clima de zozobra, de latente violencia, algo así como un anuncio de la tormenta que se está gestando...)*

*(El Verdugo y los Bufones salen de escena, mientras crecen los ruidos del Coro y en contraste surge la voz de una mujer que canta, dulce y dolorosa).*

CANTANTE:      *Oh, Alma mía,  
                         Qué será de ti...*

*(Nota: La Cantante, acompañada por oboe o violoncello, irá interpretando a lo largo de la obra las estrofas elegidas del Canto de Paz.)*

## ESCENA SEGUNDA

*(El Verdugo y los Bufones se muestran ahora en el medio de una rutina de gimnasio, con sogas de saltar, guantes de boxeo, pesas, etc. Son violentos, groseros y deformes, en el límite de la parodia, donde lo bizarro se trastoca en espanto...)*

BUFONES: ¡Los pobres son un castigo de Dios! ¡No puede ser que todo lo ensucien!

VERDUGO: Esta gente... nacieron de la suciedad, engendrados no por un limpio amor sino por un sucio instinto, entre jadeos, bufidos y sudores que son de animal y no de cuerpo humano. Viven —un decir— por gracia divina, en el medio de la más atroz inmundicia, ¡un chiquero!, y todo lo que tocan lo degradan y envilecen, lo convierten en mugre y basura, cartón y trapo...

BUFONES: Son niños sucios, son hombres y mujeres sucios, son viejos sucios y son muertos sucios...

La piel dejó paso al cuero y la carne ya no se distingue del barro.  
¡De la peor manera nacieron y a la peor tierra volverán!

VERDUGO: Yo conozco a los mansos que se sirven del poder... ¡buenas personas!

Yo entiendo sus sonrisas y ese leve fruncimiento de los labios aprendido en siglos de complicidad...

Yo escucho sus desprecios y sus quejas...

BUFONES: ¡No puede ser semejante fealdad! ¡Ofende!

Esta gente... feos de toda fealdad, hasta ser impúdicos... Insultan a la naturaleza. ¡Ah, estos pobres! ¡Dime con quién andas y te diré a quién te pareces...!

VERDUGO: (*Aumenta su tono despreciativo*)... Pechos destruidos por chicos siempre hambrientos; bocas sin dientes que ríen sin vergüenza mostrando hasta la garganta; los granos los visitan como Pancho por su casa y el que no tiene una llaga se ganó una cicatriz...

BUFONES: La belleza jamás los rondó, ni siquiera en sueños.  
¡Pagan con su fealdad la culpa de estar vivos...!

VERDUGO: También escucho lo que dice Dios, por la lengua de sus dignísimos pastores, y los reverencio, porque el miedo no es zonzo y en cuestiones de la Parca, menos. ¡Hasta el poder se baja los pantalones! ¿No se deleitan cuando el buen pastor desde lo alto del púlpito lanza su do de pecho?.

BUFONES: ¡No pueden ser tan viciosos! ¡La tierra sucumbirá alcanzada por el fuego de una estrella negra!

VERDUGO: ¡La pereza! ¡Ahí está la madre del borrego!... ¡Cómo esperar un recto juicio de quien se aleja del yugo del trabajo! ¡Son pobres, pecadores y vagos! ¡No distinguen el bien del mal bajo su ley del menor esfuerzo!

Hacen de la cama el templo de sus fechorías. Besan la botella de alcohol como si fuera el rostro del Señor...

BUFONES: ¡Y es Satanás!

VERDUGO: Fornican a la manera de las bestias. Todos contra todos. Por atrás y por delante. Sin distinguir el padre del abuelo y la madre de la hermana.

BUFONES: ¡Hasta se sirven del perro y de las gallinas!  
¡Hasta comen los pajaritos del cielo y se atragantan con gatos como si fueran liebres!

VERDUGO: Cualquier cosa les viene bien, mientras sea abundante y ruín y tenga el gusto de la limosna.

BUFONES: ¡Mendigos! ¡Mendigos! ¡Nacieron para la mentira, el lloris-queo y la tramoya!

VERDUGO: ¡Pasan del llanto al grito como si la vida fuera una esponja!  
¡No guardan una gota del vaso! ¡Entregan el alma por un plato de lentejas!  
¡Nacieron del pecado y en el fuego eterno se quemaran!

VERDUGO Y BUFONES: ¡Aleluya! ¡Aleluya!

*(Mientras el Verdugo y los Bufones realizan las acciones del gimnasio aparece el Coro que desfila llevando gomas viejas de autos, colchones, carritos repletos de basura, caños rotos. En el final de la ronda se ve a una mujer que arrastra una cruz gigante, hecha con botellas de plástico.*

CORO: (*cargando sus elementos, agrupados en un rincón de la escena y antes que la oscuridad los cubra, el Coro hablará, doloroso pero también violento*).

*Oh, alma mía,  
Qué será de ti...  
Estos cuerpos, nacidos para las músicas,  
Son hoy apenas basura...*

### ESCENA TERCERA

*(La escena transcurre en un matadero. Todo es rojo. El Verdugo tiene hacha y cuchillos. Trabaja sobre una mesa, cubierta por un mantel también rojo... Destrozará huesos, pedazos de carne..., lo ayudan los Bufones, tan sucios y violentos como él...)*

VERDUGO: Esa es la gente que abunda hoy en día... más que pobres... basura... Esa es su esencia: detritus, detritus...

Parecen inofensivos... como los bichos de la suciedad... que apenas despiertan asco... Pero son peligrosos... su veneno es que se reproducen y se reproducen, con frío o con calor... igual que las cucarachas... como la mala hierba... Es bueno que no se olvide... La mala hierba puede provocar un incendio... y extenderse... y extenderse...

*(Poco a poco, surgiendo de la oscuridad igual que cucarachas, el Coro se aproxima a los desperdicios que arroja el Verdugo... Estarán allí aguardando el momento de recoger su comida...)*

BUFONES: ¡Hay que usar la guadaña! ¡Segar! ¡Sin asco! (*Risas*) ¡Hay que segar esos cuerpos deformes! ¡O son puro hueso, o son pura panza!

VERDUGO: ...¿No está allí, acaso, el peso de la historia? (*Ríe*) ¡Segar, sin asco!

BUFONES: (*Ríen, como un eco*) ¡Sin asco, sin asco...!

VERDUGO: Esto es lo que siente mi corazón, y lo confieso... Pronto he de matar, soy un verdugo... Lo reconozco: Mi destino es mi oficio, más que elegido... aceptado...

Sin embargo, tengo hoy quejas: me vuelvo más amargo... Ya no se trata de matar a un enemigo... alguien que también será parte de la historia... cuenta saldada... con nombre en una calle y busto en la plaza...

Se trata ahora de matar al voleo... como si fueran chimangos... a algún desgraciado... un pobre entre otros pobres que pronto será olvidado... Así se me quita categoría... ¡Me quejo...!

BUFONES: (*Entre risotadas*) ¡Que la carne para el verdugo sea elegida! ¡Venga marcada!... Made in Argentina... For export... ¡Y que la vaca no tenga lengua! ¡A ver si todavía se queja!

*(El Verdugo se retira blandiendo sus instrumentos. Los Bufones arrojan con desprecio manifiesto los restos de comida al piso. También se van. El Coro, igual que cucarachas desesperadas, ya sin límites se arrojan sobre los desperdicios y se van de escena con ellos, mientras llega la oscuridad y aparece el Poeta.)*

POETA: (*Contempla con dolor la marcha del Coro*) ¡Qué más tendremos que ver...!

CANTANTE: *Oh, Alma mía...  
Qué será de ti,  
Cubiertos los pies  
Por el llanto de un niño  
Estamos en el mundo  
Con los ojos ciegos;  
(ciegos que guían a  
otros ciegos,  
en el eterno combate  
entre la luz y las tinieblas...)  
Ya nadie recuerda  
En la noche del hambre  
Y del peor horror  
Que una estrella brillaba  
En la palma de la mano...*

(*Se escucha la música de oboe y la voz de la mujer que canta, dulce y dolorosa...*)

#### ESCENA CUARTA

(*La escena transcurre en una oficina sin tiempo, o mejor, con todos los tiempos, como si el ayer y el hoy denunciaran el mañana...*

*El Verdugo y los Bufones hablan y sellan papeles, hablan y sellan papeles, hablan y sellan papeles... su rutina es casi música de percusión, tan atroz como lejana, tan continua y rítmica como indiferente a la vida.)*

VERDUGO: Aquí estoy, recibiendo órdenes... (*Ríe*) Cumpliendo con el primero de mis deberes sagrados... ¡La debida obediencia!  
(*Ríe*) ...¡Qué sería de un mundo donde la lluvia le discute a las nubes!

BUFONES: ¡Hay que escarmentar a esos desgraciados! ¡Si hoy cortan el puente es una declaración de guerra! ¡La vaca ya no da leche! ¡Que no jodan más ! ¡El puente es más sagrado que la pija de Cristo!  
(*Risas. Groseras, alocadas*) ¡Ni mendigos ni matones! ¡Ni comida ni ayuda!  
¡Palos! ¡Ya se fueron de la raya! ¡Palos y a la bolsa!

VERDUGO: Así se dijo: ¡Palos y a la bolsa!

BUFONES: ¡Romperles bien el culo! ¡Meterles la pija a fondo! ¡Hasta que caguen sangre! ¡Y si la verga no alcanza hundirles un palo! ¡Y si el palo es poco, bala, bala! ¡Que sea con sangre! ¡Tiene que ser con sangre! ¡Tienen que cagar sangre!

VERDUGO: Así se dijo. Sin medias tintas. Lo entendí al vuelo, de tan claro.

BUFONES: ¡Y que no se gaste pólvora en chimangos!

VERDUGO: También se dijo... Debía ser un perro de presa. Oler culo por culo...

O sea: que la pija en el culo no era para cualquiera. Se trataba de un culo bien preciso.

Hay que encontrarlo, me dije.

BUFONES: ¡Que la poronguada deje ganancias! ¡Hay que reventar un oquete sano! ¡Los demás ortos rotos son la yapa!

VERDUGO: Así se dijo...

Hubo palmadas en la espalda. Hubo risas y hasta un pedorreó. En el papel sobre la mesa no se hablaba de culos, ni de porongas. Tampoco de balas de plomo. “Restaurar el orden”, esa es la palabra... que un buen verdugo entiende... *(Con ironía)* Hay que distinguir en cada cosa la esencia de la apariencia...

BUFONES: *(Riendo.)* ¡El olor del ruido en cada pedo!...

*(La escena termina con la irrupción, tan brusca como rápida del Coro, que llevando bolsas de residuos se arrojan sobre los papeles desparramados por el piso y se los llevan como quien lleva un gran tesoro...)*

## ESCENA QUINTA

*(Primero se escucha la música de oboe, después una luz, tan blanca como sinies-tra, nos anuncia que estamos en el interior de una comisaría de provincia...)*

VERDUGO: Un hombre de mi oficio no debe perder la calma, ni guiarse por presagios... Sin embargo, esa mañana... me levanté con el pie torcido, como dice mi abuela *(ríe)*... No me gustaron los pájaros en mi ventana... El agua para el mate hervía. Me quemé la lengua... Para colmo, mi arma reglamentaria se trababa...

Y después, el encuentro con la chusma... Insistían con cortar el puente, más agresivos que nunca. Con palos. Con capuchas. Con más

insultos. Con más demandas; envalentonados, ya daban órdenes...  
Como si sus cicatrices de pobres fueran una corona...  
Sentí que llegaba el día. El escarmiento. La ola. Los puntos sobre  
las ies...

BUFONES: ¡Olas! ¡Olas! El momento anterior a la tromba. Cuando las  
fuerzas se concentran...  
¡Para que todo estalle! ¡Olas! ¡Olas!

VERDUGO: Hay que cerrar el círculo de la nada. Ponerle un grito al  
silencio que aturde...  
¡La víctima tendrá que pagar!...

BUFONES: (*Risas*) ¿O acaso se imaginan que la muerte se alimenta de  
suspiros?

VERDUGO: ¡Vayan, hablen con Dios!

BUFONES: ¡Él puede dar cuenta del filo de esos dientes!  
¡Hay una caverna de hiel en su garganta! (*Burlones hasta el delirio...*)

VERDUGO: (*Como si recitara una alucinación*) ¡Dios se sacó una costilla  
y ahora se chupa su propia pija!

*(Pareciera que hasta el aire se detiene, el Verdugo y los Bufones quedan  
congelados, como si estuvieran por decir algo más, y no saben, y no pueden...  
En ese momento se escucha triste y dolorosa como nunca la voz de la mujer  
que canta...)*

CANTANTE:     *Oh, Dios mío*  
                  *qué será de ti...*  
                  *si el horror del dolor*  
                  *incendia nuestros labios...*

VERDUGO: *(Para sí, como si le respondiera íntimamente a la mujer que canta...*  
...Acaso por eso no tiene piedad...  
*(Asombrado, casi como un tonto...)* Y... yo soy un verdugo...

*(Aparece el Coro, con sus palos golpean el piso... Es música, es anuncio y amenaza...)*

VERDUGO: Tuve que gritar. Debía imponerme...

BUFONES Y VERDUGO: ¡Se me están hinchando las bolas! ... ¡Van a explotar por el aire!

VERDUGO: No me gusta que me toquen... Menos, que me empujen...  
¡Alguien me escupió en el hombro! ¡Carajo!

BUFONES: ¡Atrás, atrás, no empujen, carajo! ¡El que escupe se va a tragar la guasca, carajo!

VERDUGO: ...No permito que me miren a los ojos... *(se pone y se saca gafas negras)* Se trata de respeto...  
...Y me están mirando...

BUFONES: ¡Bajen la mirada, soretes! ¡Bajen la mirada!

VERDUGO: (*Le grita a la sombra de Darío Santillán, una sombra tan silenciosa como imponente, que ya nunca dejará al Verdugo...*) ¡Baja los ojos!

¡Baja los ojos, Cabrón! ¡O querés que te meta los ojos en la concha de una rata! ¡Pedo de cáncer!...

(*Evocando, con cierta melancolía*) El ortón siguió mirándome a los ojos, como si yo no le importara...

Se sonreía, sereno, como si estuviera en una fiesta...

BUFONES: (*Persiguiendo la sombra de Darío Santillán*) ¡De qué mierda te sonreís, pija fría!

¡Entendés ahora, cajeta pelada!

VERDUGO: (*Explicativo, como si contara un cuento para niños*)...

Y la escoria de hambrientos, cientos y cientos, en jauría, escapados de sus cuevas...

Seguían ahí, frente a nosotros, las fuerzas de la ley, como si fueran los dueños del Puente Pueyrredón, sin retroceder un metro, con sus capuchas y sus palos...

Ya no mendigaban, desafiaban...

BUFONES: (*como niños, parodiando*) ¡Oh! ¡Oh! ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Alguien se perdió? ¡Oh rastro divino de Dios! ¿Qué pasó?

¡La lengua en el culo pelado de un mono, eso pasó!

¡Y Dios se la tragó! (*Ríen*) ¡Eso pasó! ¡Eso pasó!

(*El Coro acentúa su violencia, ya no es sólo la música de sus palos. Ahora también están sus gritos de amenaza*).

CORO: *Pagarán... pagarán... pagarán.  
tanta muerte, pagarán...*

VERDUGO: (*Le grita a la sombra de Darío Santillán*) ¡No te sonrías, no mirés a los ojos, no empujés!

(*Explica*) ... Siguió ahí, sereno, desarmado, como si no me temiera...

(*Le grita a la sombra, cada vez más terrible*) ¡Mirá que estoy calzado, pezón de drogón! ¡Ya vas a caer!

¡De rodillas se la vas a chupar a mi abuelo...!

¡Te voy a enterrar un fierro en el culo, me voy a garchar a tu conchudísima madre y al bufarra de tu hermano!

¡Vas a saber quién es el poronga, melenita de oro!

BUFONES: (*También con violencia*) ¡Vas a lamerme los sobacos!

¡Vas a besarme las bolas bien sudadas!

¡Vas a llorar por el ojete!

¡Vas a sangrar hasta el alma!

¡Sí, el alma! (*Risas*) ¡Vas a tener el alma blanca como la guasca de un perro!

VERDUGO: (*Gritando, con extrema voz de mando*)... ¡Baaassta!

BUFONES: (*Con música de clarín*) ¡Basta! ¡Basta!

VERDUGO: ¡Basta de piquetes, ni uno más!

¡Basta de cortar la ruta! ¡Basta de cortar el puente! ¡Basta de cortar la calle!

¡Aquí nadie corta más nada!

BUFONES: (*Con música de clarín*) ¡La muerte se llama basta! (*Risas*) ¡Vamos, muerte, o Dios, o vacío, o como mierda te llamen, oscuridad: abrí tu concha para que entren los pijudos!

VERDUGO: ¡Se acabó la lecha de la clemencia!

BUFONES: ¡Miren que los pobres tienen el choto grande! (*risas*) ¡No cualquiera se monta una cabra!

*(Todo el final de la escena ha sido de violencia manifiesta, aunque los cuerpos no hayan chocado entre sí. Las luces también han enloquecido, pasan del azul al rojo con la liviandad con que se pasa de la vida a la muerte un una manifestación que se reprime... El Verdugo y los Bufones se van, violentos, no derrotados, pero es el Coro con sus palos y sus gritos el que queda en escena... Mientras se alejan, pero todavía sin desaparecer, aparece el Poeta. El Coro lo escucha.)*

POETA: Este es el tiempo en que  
me tocó escribir:  
Un tiempo de espanto.  
No elegido ni deseado.  
Cuesta entender que la  
poesía no se busca,  
ella nos encuentra.  
¿Cómo fuimos capaces  
de semejante tiempo,  
donde los cuerpos se devoraban  
en vida  
y las almas se devoraban  
en muerte?  
Amante de la palabra bella,  
tuve que elegir  
entre el silencio  
y la más soez de las blasfemias.

Queda el consuelo de la espera.  
Saber, o soñar, que en el final del día  
jamás una agonía fue eterna...

*(El Poeta y el Coro se retiran de la escena. La voz de la mujer que canta y el oboe se escuchan en la penumbra...)*

### ESCENA SEXTA

*(Trascurre en la estación de tren de Avellaneda.)*

VERDUGO: *(Otra vez descubre la sombra de Darío Santillán...)*

¡Así que estabas ahí! ¡Así que te quedaste! ¡Así que vas de aquí para allá como Pancho por su casa, organizando a los mendigos...! ¡Arrimando a sus cuerpos el alma! ¡Como si esas bestias, esa jauría de pobres y de negros fueran humanos! *(Con asco)* ¡Los últimos humanos!

BUFONES: *(Ríen, alocadamente)* ¡Andá, gargajo de Jesucristo, andá a limpiarle la chucha a la Virgen María! ¡O querés nacer con sangre! ¡O querés oler como los ángeles!

¡Ya vas a tener sangre! *(Risas)* ¡Roja y caliente! ¡Recién ordeñada!

VERDUGO: ¡El que busca encuentra! ¡Y vaya si buscaste!

VERDUGO Y BUFONES: ...¡Basta de cortar la ruta! ¡Basta de cortar el puente! ¡Basta de cortar la calle!

VERDUGO: ¡Aquí nadie corta más nada!

BUFONES: (*Entre risas*) ¡Aquí sólo se corta el hilo de la vida!  
(*Se escucha la voz de una mujer que canta, dulce y dolorosa*)

VERDUGO: (*Otra vez le grita a la sombra de Darío Santillán*)  
¡De nuevo vos, pedo de concha!  
¡Cartón lleno para vos, pendejo! ¡Bingo! ¡Bingo!  
¡Andá contando las horas!

BUFONES: ¡Limpíate bien el tujes que la Parca te espera para hacerte el hoyo!  
¡Soretón! ¡Sacáte el taparrabo!  
¡Tiene una pala bien dura la Parca!

VERDUGO: (*Ríe, alocadamente*) ¡Te rajás, turríto! ¡Te rajás, eh...!  
...¡Corran! ¡Corran! ¡Los pobres nacieron para escapar! ¡Igual que las ratas!

BUFONES: (*Entre risas*) ¡Corran! ¡Corran! ¡Hay que matar a los pobres!  
(*Tirando piedras hacia cualquier lado, alocadamente*) ¡Matarlos a pedradas!  
¡Antes que los cuerpos encuentren un alma!...  
¡Antes que los pobres descubran que la conciencia de la vida es la materia del alma!...

VERDUGO: Parecía una cacería de patos... Saltaban, se arrastraban. Volaban de miedo... Uno caía, aquí, otro más allá... (*Los Bufones caen, como si ellos fueran los patos...*)  
Sucios como siempre, ahora también con sangre... Me limpié las manos en un árbol... (*Se limpia, se mira las manos*). ¡Qué pedo de ángel se mandó mi abuela, me clavé una espina...!

(*Pensativo*) Tendré que cuidarme mejor las manos... (*Ríe*) Son mi herramienta de trabajo... (*Ríe alocadamente*) ¿Se imaginan a un verdugo manco...? ¿Cómo haría para disparar? (*Ríe, alocado...*) ¡Con el culo!

BUFONES: ¡Tiren! ¡Tiren! ¡Al cuerpo! ¡Al cuerpo! ¡Metan bala! ¡Hay que meter balas!... (*Risas*) ¡Tres coladores negros por un peso! ¡Tres coladores por un peso!... (*Crece las risas y los gritos, hay música de estruendos...*)

VERDUGO: Yo no quise participar. Apenas un par de tiros... algún grito de mando... alguna rascadita de orto... una que otra tocatelli de tetas... (*Con ironía*) Un verdugo sin tentaciones no sería humano... (*Ríe*) (*Con súbito enojo*) ¡Yo estaba para otra cosa! ¡Lo mío no era cazar patos...!

Tenía que cumplir la orden. El escarmiento. No se puede escarmentar a todos... Buscaba un cabecilla. Lo fuera o no, ya lo tenía marcado... O mejor: él mismo se había puesto la cruz sobre la espalda... Se los cuento: lo veníamos siguiendo... un informe aquí, una delación allá... y las fotos, claro... (*Ríe*)

(*El Verdugo, o un técnico desde su cabina, muestra con un proyector sobre la pared la foto del joven piquetero asesinado*)

VERDUGO: ¡Hasta llevaba barba el gran sorete!

BUFONES: (*Enfurecidos ante la imagen de Darío Santillán, van tirando como piedras una tras otra las frases*) ¡Así que organizaste un barrio de mierda entre la mierda!

¡Así que levantaste una olla popular y la comida era poca y vos ni siquiera comías...!

¡Así que diste tu ropa al más desnudo y te cagabas de frío!  
¡Así que entregaste tu cama y dormías en el suelo entre piedras y latas!  
¡Así que escuchabas al que sufría y le explicabas por qué sufría!  
¡Y puteabas al resignado y era amor tu puteada!  
¡Y tenías veinte años y ya eras viejo en el dolor porque venías del primer dolor, grandísimo hijo de mil putas, parido por una yegua, que una mierda caliente como vos ni madre puta tuvo, ni padre cornudo a la gran yegua se la montó!  
¡Habrás que cerrarte la boca, cabrón de los cabrones!

VERDUGO: (*Explicativo, también burlon*) ...Y el turrítico piquetero, muy suelto de cuerpo decía:

*La esperanza es un arma  
cuando se pone el cuerpo,  
y el alma va, y encuentra ese cuerpo  
al que besa y redime en su deseo...*

BUFONES: ¡Basta de almas y de cuerpos! ¡El aire apesta como el ojete de una vieja, y la tierra tiene más gusanos que la concha de una virgen muerta!

VERDUGO: (*Riéndolo*) ... Se acerca la hora... La soga ya está en el cuello... (*Siniestro*) Siento venir el frío sudor de la inocencia...

(*Se escucha la voz de una mujer que canta, dulce y dolorosa.*)

CANTANTE:     *Oh, Alma mía  
Qué será de ti...*

*(Mientras se escucha a la Cantante, disminuye la luz, el Verdugo se va y los Bufones quedan en escena, mirando a la pared, con el proyector en sus manos, absorbidos por las fotos...)*

## ESCENA SÉPTIMA

*(En la penumbra entra el Coro, llevan sus máscaras, como sacudidos por el rayo de la tristeza van cayendo uno a uno sobre el escenario... Las máscaras quedan a un lado... La muerte es ahora esa bolsa de residuos roja que ellos mismos se han puestos sobre sus cabezas...)*

*(Los Bufones, como ajenos a lo que pasa, proyectan fotos sobre la pared... Son las imágenes de la represión en el puente Pueyrredón, después vendrán fotos de Darío Santillán y de Maximiliano Kosteki, desnudando sus muertes en la estación de tren de Avellaneda...).*

*(Vestido con ropa de fajina, aparece el Verdugo)*

VERDUGO: Entré en la estación de tren.

Ahí estaba él. Haciéndose el santo.

*(Le habla a la sombra de Darío Santillán, mientras deambula entre los cuerpos caídos)* ¡Decidiste quedarte!

¡Le dijiste a los otros que se fueran, los obligaste, y vos firme aquí, desgraciado!

¡Para cuidar al otro turro baleado, al rey de los boludos! ¡Y ni siquiera lo conocías!

*(Patea la sombra en el suelo de Maximiliano Kosteki, siempre moviéndose entre los cuerpos caídos)* ¡Se las daba de artista!

BUFONES: ¡Debía tener el orto perforado! (*Ríen con grosería.*)

VERDUGO: ¡Tengo ganas de hacerme la paja sobre la cara de un muerto!  
¡A este ni siquiera le cerraron los ojos! (*Se masturba.*) ¡Ay, qué será de mí, un verdugo que se pajea ante un muerto de ojos abiertos...! (*Ríe alocada.*) ¡Vení, alma del muerto, que la última guascada es para vos...!

BUFONES: ¡Los artistas tienen en el orto una chimenea! ¡En vez de pedos tiran un humo blanco al cielo! (*Risas alocadas.*)

VERDUGO: (*Pensativo.*) ... Los artistas andan por el mundo con la pija blanda... Acaso porque lloran demasiado... ¡Este ya no se mueve, ni a palos...! (*Ríe.*) ¡Por qué no le das un beso de lengua a Dios y limpiás tu alma en el agua de un río...!

BUFONES: (*Con burla.*)

...*Los poetas bajan al río  
para buscar muñecas de porcelana,  
y soplan sus labios  
y besan sus pechos  
hasta arrancarles el corazón...*

VERDUGO: (*Con desprecio.*) ¡Qué sabe de la belleza este piquetero putarraco! ¡El principio de la belleza está en el orden! ¡Y yo, el verdugo, soy la imagen final de la belleza!

(*Ríe*) Permiso, voy a vomitar. (*Vomita. Después se limpia con extremo cuidado.*) He vomitado los restos de mi alma... (*Ríe alocadamente.*) ¿Alguien conoce un orden de limpieza superior al que yo impongo, día a día, sin luna o con luna llena...?

BUFONES: (*Entre risas*) ¡Qué sería del mundo sin limpieza!

VERDUGO: (*Burlón, terrible, le habla a la sombra de Darío Santillán.*) ...¡Y vos le limpiaste el rostro al puto culeado que agonizaba, como si fueras el buen samaritano, y le tomaste la mano para que no tuviera miedo ante la muerte... ¡Pendejo de concha! ¡Eso terminó de cagarte! ...Los pobres pueden mostrar sus lacras, mendigar, chupar mondongos o limpiar con la lengua un ojete sucio por dos pesos, pueden doparse con la peor basura hasta que las cucarachas les coman los ojos, pueden llorar, gritar y a veces matar... Hasta ahí. Es el límite...

BUFONES: (*Con burla.*) ¡La sogá alrededor del cuello...!

VERDUGO: ...Pero eso de sufrir por el otro. De hacerse cargo del otro. De sentir que la propia vida está en la vida del otro... ¡O querés ser el Cristo rojo con el nabo cortado, cajetón!

BUFONES: ¡O querés ser un héroe griego con laurel en la frente, cajetón!

VERDUGO: ¡O un choto guerrillero cagado hasta las patas de tanto comer monos y bananas, cajetón!

BUFONES: ¡Los pobres sólo sirven de comida para chanchos! ¡Entendelo, cajetón!

VERDUGO: Lo agarré de los pelos al poronga piquetero. Le levanté la cabeza. Lo separé del muerto.

Me miraba a los ojos... Me sonreía... ¡El guacho, sufriendo, me sonreía...! ¡Igual que el otro puto muerto, me sonreía...!

Le disparé. Con la escopeta. A quemarropa.

...El puntito sobre la i... fue con sangre...

(*Ríe. Después grita.*) ¡Sombras! ¡Sombras! ¡Esos son! ¡Sombras, nada más!

BUFONES: ¡ Lo hecho, bien hecho está! ¡ No hay que pedir perdón, porque no hay culpa!

VERDUGO: ¡...Ya ni sombras van a ser! ¡Olvido! ¡Sólo eso: olvido!

BUFONES: (*Con extrema crueldad, entre risas.*) ¡Cuerpos bien culeados, en el olvido!... (*Con burla.*) ¿O prefieren el vacío?... ¡Almas bien pajeadas, en el olvido! (*Con burla.*) ¿O eligen el infinito?...

(*Como creciendo en un delirio.*) ...¿Así que el cuerpo es la casa del alma? ¡Con los pobres no hay problemas teológicos! ¡Su única realidad es la fe...; y la alimentan con guisos de fideos y lágrimas de Cristo...! (*Entre risotadas.*) ...¡Viven como animales! ¡Ni siquiera tienen casas!...

VERDUGO: ...Ya lo dije... Soy el imbécil que cuenta la tragedia... No lo olviden: la verdad de la blasfemia es el dolor... Cuando el fuego nos quema la boca, escupir es sagrado... (*Burlón, cruel.*) ... Sombras... ¡En este país lo que sobran son sombras!

¡Toda su historia es una tragedia de sombras!

...Nada existiría si la vida y la muerte no durmieran en el mismo lecho...

Una cuestión final: ¿Quién de las dos muestra su culo al cielo?...

(*Risotadas, muecas y ruidos obscenos de los bufones. Así, apenas puede escucharse la voz de una mujer que canta, dulce y dolorosa.*)

(*Aparece en escena el Poeta, casi en penumbras. Poco a poco va iluminándose.*)

POETA: Todo pudo quedar así, con la risa brutal del Verdugo en su delirio que acrecienta la oscuridad, por donde también se pierde el eco grosero de los bufones. Y acaso como postrer consuelo, que llegue la voz de esa mujer que canta, dulce y dolorosa...

Pero también podemos quitarle a la muerte la última palabra. Disputar que la certeza de la finitud sea el principio de la belleza, el orden superior de una pesadilla terrena que jamás termina. Y construir desde nuestras últimas fuerzas una alegoría de la redención. Entonces puede haber otro final. Y escuchar el canto que viene desde las profundas sombras de la vida. Y el exceso de la antigua blasfemia será en el devenir la música.

*(Los cuerpos del Coro salen de la quietud y juntos con el Poeta dicen el texto final.)*

CORO:           ¿Quién convirtió el hambre y la desdicha  
                  en el pan de nuestra mesa?  
                  ¡El poder!  
                  ¿Quién hará la paz  
                  cuando la Justicia sea?  
                  ¡Nuestros muertos!  
                  (Pobrecitos nuestros muertos  
                  que no vieron el fin de la desdicha.)  
                  (Que no tuvieron luz,  
                  para las lágrimas oscuras de la agonía.)  
                  ¡Pobrecitos nuestros muertos!  
                  ¿Quién hizo de nuestros muertos  
                  la única razón para la muerte?  
                  ¡El odio!

¿Dónde mora el odio?  
¡En la casa del poder!  
¿Quién guardará la  
historia que se silencia?  
¡La memoria!  
¿Quién le dará sentido  
al cuerpo que se destruye por la calle?  
¡La conciencia!  
¿Quién detendrá la vida que se arrebatata?  
¡El deseo!  
¿Quién hará del cuerpo  
la casa para el alma, siempre?  
¡El amor!  
¡Que el amor sea la vida  
sobre el frío sudor de nuestros muertos!

*(...Es el momento de la música; una caricia, plena. Hay un oscurecimiento, tenue, que no alcanzará la palidez de la noche. Y después será la luz, festiva, para un adiós que nos libera y pone fin a la desdicha. Es apenas un instante, pero es eterno, mientras se escucha a la mujer que canta, dulce...)*

## TEXTOS COMPLEMENTARIOS

### I. PRELUDIO AL CANTO

He aquí el Canto, completo, para una voz de mujer, dulce y dolorosa. Sus estrofas se escucharán en distintos momentos de la obra, puntualmente en el inicio, como alerta de la tragedia y avance de un consuelo, y en el final, como redención, si pienso en la tradición del niño de primigenia fe que fui, o como ejemplo de una *dialéctica de la esperanza*, si me sostengo desde una inocencia que dio luz a la *sospecha* —hecha hoy certeza— sobre la real naturaleza del *orden*, fuera divino o sea humano, tanto da. (“Cuando llega la noche todos los gatos son pardos.”)

También surgirá el Canto mientras el discurso de la crueldad llega a sus picos más altos, o al desmadre, y se desnuda y humilla lo que llamamos *el corazón humano* (¿acaso el deseo de comunión de los cuerpos que bordea ese vacío sin fin y sin sentido que nos traga, borde sudoroso al que nos aferramos como si allí se jugara la verdad de la partida?, ¿acaso ese sentimiento caótico, memoria emocionada de la especie, borbotones de vida, gemidos y tartamudeos que nos ahogan en el sollozo y nos sacuden en el silencio frente a una *ley* de antiguo entendida como la *razón sin pasiones...*?)

Necesitamos el Canto —en una voz de mujer, dulce y dolorosa, amantísima—, frente a las cataratas de blasfemias y crueldades de toda laya que nos arrojan a bocanadas el Verdugo y su eco en en la desmesura: los Bufones. Ellos traen aquí palabras que destilan una historia social del crimen, donde la alevosía se mezcla con la impunidad y la sangre con la carne del inocente, hasta consumir el sacrificio que reproduce el Poder.

Son palabras del mal –las del Verdugo y los Bufones– cuyo enunciado demanda que el bien exista y legitime al mal, desde la angustia exasperada de una libre elección, como la otra faz posible de la trama humana, proferidas como golpes directos al pecho y a la cabeza .

Sacuden, al punto de interrogarnos si en el pavor de asombros que despierta el crimen (organizado como castigo y profilaxis para el sometimiento extremo: ¡atención, todos los cuerpos a enterrarse!...), si en esa sombra mortuoria con el rostro del otro –la víctima– que nos persigue hasta fundirse en nuestro propio rostro alucinado por el miedo y la soledad –de allí la cadena de dolor que se provoca–, no transcurre la esencia originaria del ser. Y si la necesidad del bien, –o mejor; la imagen de su deseo–, entendido como una ansiosa respiración del alma encarnada en justicia y belleza, es apenas la desesperada respuesta de una conciencia que crece en un proceso que va del sentimiento profundo de lo siniestro y la lengua del horror más sórdido, hasta convertirse en Poesía: la palabra que libera purificada por la experiencia.

Hojas, de un otoño dorado, movidas sin gratitud por el viento; criaturas del destino aferradas a una eternidad vivida como el espejo que nos devuelve el sueño de una postrer pasión feliz...

De allí el Canto: refugio y reparo; un origen, aún frágil, frente a la oscuridad rotunda de la mañana que espera...

## II. CANTO DE PAZ

*(Para una voz de mujer, dulce y dolorosa)*

- 1 Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
Ahora que la lluvia  
Ha perdido la luz de tus pasos...
2. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
El viento que apagó el fuego  
Arde en el mar del último desierto...
3. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
La noche consume el brillo  
Que anunciaba la rosa del alba...
4. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
Mil sombras desnudan el olvido  
Nadie besaré tus labios fríos...
5. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
Ese cuerpo que yace sobre el silencio oscuro  
Gozó alguna vez con tu amoroso abrazo...
6. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
Si la voz que despertaba el júbilo  
Es hoy apenas una ofrenda de llantos...

7. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
Sudamos las ataduras de la muerte  
Sin otra paz que el tormento...
8. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
No hay piedad para el final de tu secreto  
Sopla el sol un triste sudario...
9. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
Mientras la belleza aún en agonías  
No redima las huellas del espanto...
10. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
Sufres ante el eterno combate  
De las músicas con las tinieblas...
11. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
Todavía en la fragilidad, no temas  
*Aunque mueran los que aman, el amor no cesa...*
12. Oh, alma mía  
Qué será de ti...  
Ceniza eres desde el dolor, no temas  
*Ceniza de un sueño que renace enamorado...*

# POETICAS DE LA DESESPERACIÓN



## PASIÓN POR LA JUSTICIA

*(Pensando en Darío Santillán)*

Cuando vio a las humildes mariposas del bañado  
Con sus alas clavadas y quemadas  
En el altar de todos los días,  
Más que clamar a los dioses por justicia  
O derramar nuevas lagrimas sobre los valles agotados del lamento  
Quiso ser justo  
Las puertas de cristal del paraíso están cerradas  
Ni siquiera piedad tendrán las mariposas, se dijo  
En un tiempo donde los cielos son una tierra sin luz, baldía  
Y las flores del amor se pudren antes de nacer  
En los bordes de las tumbas...

Quiso ser justo y ningún ángel ciego le entregó su espada  
Ningún héroe antiguo le susurró secretos; ningún viento  
Cálido y venturoso acarició las velas de su navío...  
A mordiscones, entre gritos de pecho desnudo y gomas quemadas  
    para el vuelo de los cuervos  
Apenas empuñando un palo y el pañuelo palestino  
Debajo de los ojos que ardían  
En el grueso mar de las desdichas  
Inició su odisea...

Mientras su vida navegaba sobre la cresta de las olas  
Supo que hay una ciudad en las colinas de la riqueza  
Donde los cuerpos devoran a los cuerpos como si fueran de oro...

Y que otra ciudad crece y crece en las espaldas de la basura  
Y allí las almas lloran a las almas como si fueran el pan de  
dios...

Quiso ser justo y recorrió la muralla que separa las ciudades  
Supo que las murallas de piedras son pasiones tristes  
Y la última piedra es el silencio  
Supo que las bocas del silencio jamás besan  
Y que el pecado de la pobreza se paga con la muerte...

Una noche de tormenta con furiosos destellos azules  
Soñó que la diosa justicia –Temis, la madre  
de las parcas, la llamaban–,  
Se alzaba desde el fondo de las aguas y se escurría  
Como un pez de sol entre sus sábanas frías...  
Se arrimó al fuego, buscaba un abrazo. Ella se negó, con risas.  
Sintió el desprecio como si fuera un gato de porcelana  
Solo puedes mirarme y desearme. Mi dueño es la ley,  
y el dueño de la ley es el poder, que tiene un dueño...  
la muerte, que violó a mi madre, para que  
yo naciera, dijo ella, y su voz de infante  
pareció la seda del alba  
cuando la rasga un relámpago...  
Y se fue de su vida como se fue del sueño  
Desnuda y ajena, igual que cuando llegó...  
A caballo de la eternidad...

Abrió sus ojos en la oscuridad de una cueva de diamantes...  
Detrás de los pinos tardíos el desierto se movía  
Más rápido que el viento y tan frágil

Como una bailarina

Y más lejos, donde la mirada se termina entre crespones de  
niebla

Pudo leer el anuncio del alba: ya llega la estrella matutina...

La justicia se ofende con las pasiones, dijo, casi a gritos  
hechizado por la luz, aún sin decidirse  
entre el rojo y los celestes que abundaban...

Acaso el terror le haya secado los labios, dijo, más calmo

La justicia cierra su culo sobre la riqueza  
y se pavonea con aires de ninfa, dijo, y se rió  
como ríen los muchachos en el barrio...

Vio mil potros sudorosos al galope por las pampas y pensó  
otra vez en la justicia...

Su belleza huele a cadáver pero ella no lo sabe...

Nació muerta en un tiempo de esclavos, dijo al fin  
con tristeza y agotó su cigarrillo  
como quien agota la paciencia en los filos del aire...

Quiso ser justo. Volvió a su navío. A su viaje

Entre las aguas de la miseria y los barro

Del dolor que se eterniza y se muestra

Al desnudo y tan natural como la noche más noche

Donde ni siquiera brilla el consuelo de la luna...

Quiso ser justo. Allí estaban las fábricas cerradas,

Las escuelas caídas como hojas del peor invierno, ayer doradas,

Y los hospitales con sus madres y sus niños en colas infinitas

Que poco alivian los rezos y las maldiciones

Allí estaban la prostitución y el pegamento

para las criaturas que cruzan la puerta del infierno

Allí, bajo las ramas raquílicas y las ochavas mojadadas  
se veían los colchones de jirones, de fantasmas,  
para que los viejos entre toses y gargajos  
amarillos tengan el último de los sueños negros...

Quiso ser justo y abrió su corazón a todas las lluvias...

Con la inocencia del recién nacido

Era el fervor de quien decide mover el mundo

Día tras día... hora por hora...

Hasta lograr con sus manos el milagro...

Quiso ser justo allí donde lo justo escasea como los lirios en el  
potrero

Eligió por puerto un barrio donde sólo abundan los caminos

Que llevan al cementerio

Trabajó duro en la bloquera (lo más duro fue organizarla)

Trabajó duro levantando la salita de salud y la biblioteca

Trabajó duro moviendo las conciencias

En el pueblerío duro del sur

Quiso ser justo: o sea que su acción diera sentido

a la idea primigenia de la vida

la que mueve las almas y los sueños;

o sea darle finalidad de bien común

a la reproducción material de la existencia,

para que el gozo de lo creado

detrás de la necesidad,

en pos de la belleza

no lo pervierta el valor de cambio,

tampoco lo espante la usura;

Y más aún: que la igualdad en las dichas  
de la vida resulte la más dicha,  
en el viaje de los cuerpos amoroso  
que trepan a sus navíos...

Quiso ser justo y cuando el hambre no tuvo respuesta  
Recogió piedras para acompañar las palabras —y las palabras  
fueron más limpias y más sonoras—  
Y cortó las calles, las rutas y los puentes  
para no cortar  
el dulce hilo de la vida

Y sonrió con la bella arrogancia del justo: no somos  
elefantes para morir en soledad, dijo  
Aunque cierren los ojos y nos desprecien, aquí estamos...  
Aunque nos declaren la guerra seguimos en el viaje, dijo  
Y junto a sus compañeros del barrio que cuidaban su navío  
Alzó sus manos con palos hacia el cielo  
Como si fueran la corona triunfante de la tierra...

Esa mañana como nunca la gente del reclamo a flor de piel  
estaba allí  
con tantas cicatrices como mil colores  
Sobre los cuerpos sin artificio  
También como nunca las fuerzas del poder los esperaban,  
Arteros en lo suyo,  
Preparados para una guerra en el espacio  
Quiso ser justo entre los justos  
Rabioso, con toda la espuma del amanecer

Amenazante, listo para pisotear la cabeza del monstruo  
Otra vez la historia se obstinó en mostrar  
Que las armas en manos del poder  
Pueden más que los corazones desarmados...  
Quiso ser justo entre los justos  
Ayudó como pudo en el desorden de la retirada  
Cuidó a los más desesperados  
Dio aliento al que sufría las heridas (eran balas de goma  
y después de plomo)  
Siguió siendo justo con ojos desencajados  
Por los gases y las visiones del dolor  
Ardía, era muy joven, no había bebido los alegres vinos  
en la noche de bodas,  
Sintió que vivía las vísperas del adiós  
Estaba marcado y lo perseguían  
Apenas tuvo tiempo de tomar la mano del compañero en agonías  
No es bueno que muera en soledad...  
Es necesario que alguien sostenga su mirada...  
Es justo morir a su lado, acaso dijo...  
... Dio su espalda a la partida de asesinos  
Los tiros fueron muchos y sintió que una nube de brazos  
lo subían otra vez a su navío  
Y mientras los vientos y las aguas lo llevaban del este hacia el oeste  
Vio como las rojas y amarillas, humildes mariposas del bañado  
Nunca antes tan brillantes  
Rompían con sus alas  
Las puertas de cristal del paraíso...

## PASIÓN POR LA BELLEZA

(Hablo con Maximiliano Kosteki)

1. Mirando el mundo con los ojos del que descubrió  
el temblor en los labios perpetuos de la muerte,  
afirmo que fue la belleza quien le dio sentido  
al movimiento de tus días.

Contados los días por el número de lunas  
donde la oscuridad se torna voluntad de luz,  
al uso de los antiguos custodios del hechizo,  
escaso ha sido el plazo para tu tarea inicial:  
besar el silencio, soñar junto al relámpago...  
y lo más difícil: resguardar bajo siete llaves  
los instantes de felicidad, para no perder su aroma  
en los años aciagos...

Se inquieta tu joven cuerpo caído... El jadeo denuncia  
la premura de la eternidad... Nadie se anima  
a clausurar las maldiciones y los ruegos...  
(¿Cómo se medirá el tiempo cuando no hay  
deseos del olvido...?)

2. *El viaje resultó sin frutos,* murmura una voz opaca,  
o acaso grita, o mejor: acusa. *Terminaste desnudo,*  
*ni siguiera una piedra en la mano, apenas frío*  
*en tu páramo, y una bolsa de basura por mortaja.*  
Ahí estás sobre tu barco, movido sin piedad  
por los vientos del destino, encallado entre furias  
y estruendos; la escena es de gruesa mar y sofocante

sol, la lluvia es de fuego y el desmadre de las olas  
arrea hasta las cunas...

Sin embargo, no fue la mano del destino  
quien crucificó tus labios. Tampoco hubo una conspiración  
de adoradores del *bien moral*—entendido como  
el discurso de Dios— que tensara la conciencia del mal  
hasta hacer de vos y tu dolor el *cordero del sacrificio*  
que prueba la *necesidad divina*.

Lo que cuenta tu cuerpo ya en la muerte (con la  
procacidad sin tapujos que da la muerte), es que hay  
un poder que sustenta una reproducción económica de la vida,  
redituable hasta la usura,

fatalista sin pudor (todo tiene su precio)  
fetichista por naturaleza (se lame su cola)  
con un orden sin tiempo ni espacio para los cuerpos (esos

desechos), marcados peor que ganado;

hablo de un poder que entiende la política como una totalidad criminal,  
capaz de aprisionar hasta los suspiros de la víctima,  
donde cada desgarró del universo signado  
se remienda al galope con un nuevo crimen,  
y cada mancha de sangre se escamotea y desliza  
en el río de la sangre (aquí yace la inocencia del trino  
y no hay lengua celeste para que digan las almas)...

...Y vos, peregrino con una humilde luz que tiembla...

...Y vos, viajando entre las tinieblas del horror  
hacia el puerto de la belleza...

(Y una voz que llega y arrima su palidez al alba  
entre cloqueos del verdugo y espumas del moribundo:  
*Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo...*)

3. Miro atrás en tus días: *la belleza, sentada sobre tus rodillas*, en un rincón del país donde no se riegan las flores ni crece el estupor rosado de la aurora (sólo abunda lo que lastima...) Ahora te veo caminar por un desierto de barro; la miseria hizo estragos en el paisaje, también los cuerpos muestran las huellas del saqueo... La comarca de andrajos no te humilla... Los tufos de las aguas servidas, el hambre de tantas bocas mordisqueando en el vacío y los ojos rojos de los perros que ladran hasta el hartazgo no te espantan... Tu no sueltas las manos de la belleza... Has besado su corazón que palpita y prometiste fidelidad eterna...

4. Aún eras joven para vivir en el rescoldo de la memoria. Ni siquiera sabías cuándo o dónde se inició tu viaje... Pero allí ibas, remando hasta con las manos y la lengua suelta, poseído de un santo furor (hablo de un furor extremo, de una necesidad convulsa y apasionada.) Querías nombrar por primera vez la tierra y el cielo, como si un viento anterior hubiera borrado las palabras, las imágenes, el color y los sonidos del mundo... Eras joven pero sí sabías que una realidad vivida como pesadilla —sin belleza, sin huellas del mañana— es el único infierno que espera a los hombre y es pura creación humana...

5. Sé que tu cuerpo está muerto. Sé que tu viaje no  
tuvo fin. Sé que el puerto de la belleza  
está más lejos...  
poseído por la niebla...  
rodeado de una multitud de soledades...  
Deja que te pregunte lo que nadie sabe:  
¿Alguien nos espera en el puerto de la belleza...?  
¿También la belleza redime la extrema dramaticidad  
del cuerpo que sufrió el crimen...?  
¿La belleza te tomó de la mano mientras te desangrabas  
en la estación de tren...?  
¿La desesperación que grita y se vuelve agonía  
nunca dormirá  
en los labios de la belleza...?

6. *...Algún día la belleza será una pura cuestión musical,  
la materia de su realidad tornará tan sensible que se fundirá  
con los sueños, no habrá usura en su gozo,  
su mejor palabra nos recordará el silencio,  
y su imagen más conmovedora  
mostrará a un niño que nace  
y llora porque ha perdido el miedo a la eternidad...*

...

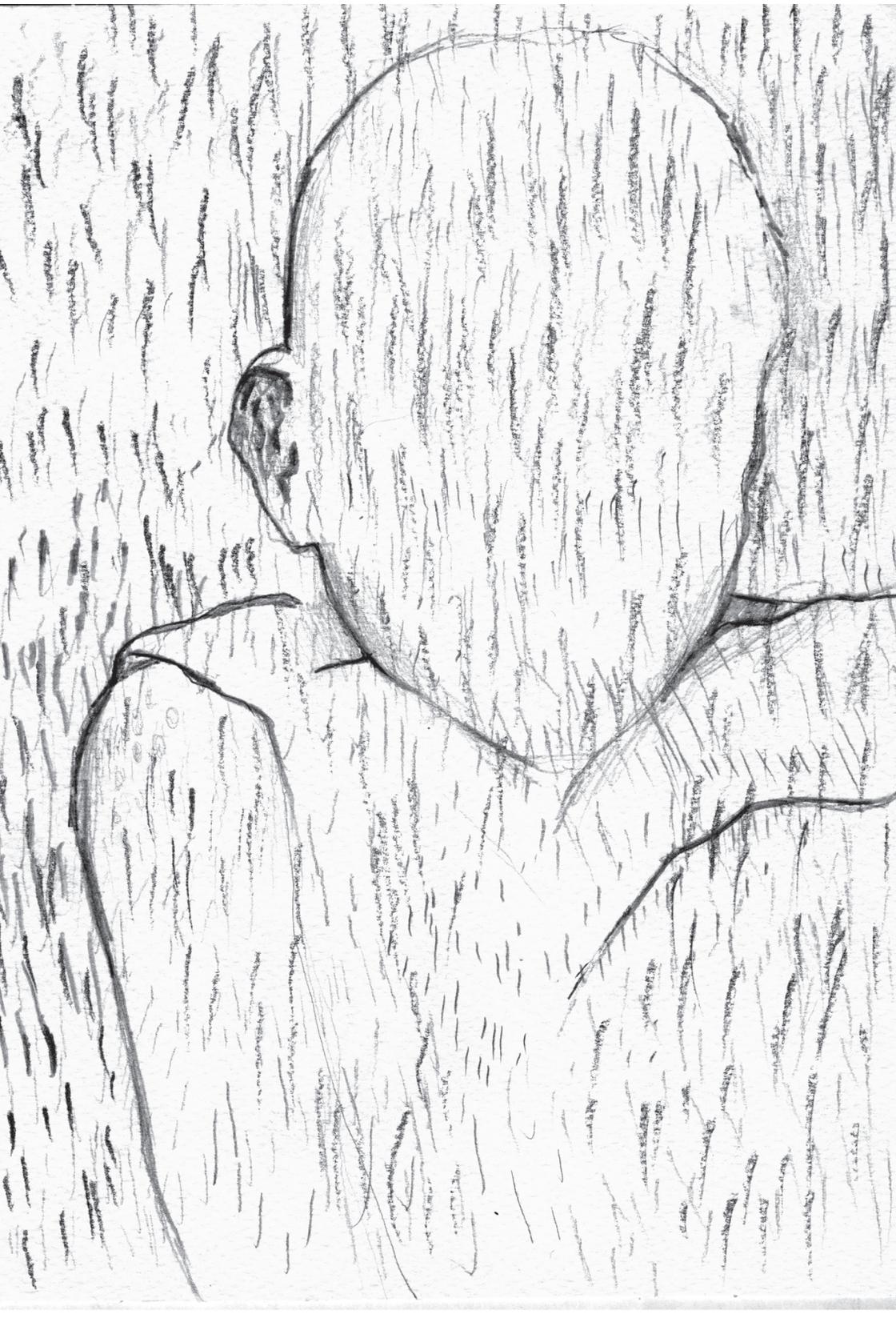
*¿Qué haremos con la belleza si nos toca vivir  
en épocas en que el horror de la vida  
era para tantos la única comida caliente...?*





*Antropología Teatral Poética*

VOCES DE LA VIDA Y DE LA MUERTE  
LA SENTENCIA



## SONATINAS

*Sin cruzarse en los fulgores de la vida  
Un viento a la deriva unió sus agonías  
En una cita de espectros...*

*Aqué! ángel del silencio derrama a mansalva  
y con escasa calma  
Los despojos del destino...*

*A la hora de los lobos las almas quejan;  
Sobre el cristal quebrado, hay un eco que restituye  
el centelleo...*

*Está escrito en la piel de Dios:  
Sólo los sueños llenarán  
la eternidad del vacío...*

*¿Quién soñó las muertes para las frentes celestes...?  
¿Quién arrimó la cuerda a la mano del verdugo...?  
¿Quién espantó las músicas por el camino del cementerio...?*

*Sombras nada más... / Nacidas sombras  
en la orfandad más áspera...*

*Sin piedad ni pudicia  
Se abren a raudales  
Las bocas del cielo...*



I  
TESTIMONIO DE ALBERTO SANTILLÁN  
*(Padre de Darío Santillán)*

Darío ya se destacaba en el preescolar, la maestra decía que tenía un coeficiente intelectual más elevado que la media de la clase. En el colegio me alertaban que había que canalizarlo de alguna manera. A medida que fue pasando el tiempo él solo se fue inclinando por el lado de la solidaridad, ayudando a los demás. Parece que cuando uno habla de Darío estuviera recordando a una persona de 40 años. Al tiempo que lo mataron, mi hijo tenía 21 años, lo que pasa es que tuvo una vida corta pero intensa. Empezó el secundario en el colegio Piedrabuena, de Solano. En la época de las inundaciones, él estaba en segundo año, me acuerdo que venía y me pedía permiso: “mira viejo, me voy a ayudar a los barrios que están inundados”. Y se quedaba dos o tres días ahí. Era el primero en ir a golpear las puertas de las iglesias, para que las abran a la gente, lo mismo en los colegios, para que tengan lugares secos donde quedarse. Era el primero en ir a recorrer los almacenes, a pedir comida. Yo a veces trato de hilar fino, pero no encuentro una explicación de su militancia, eso de postergarse como persona para ayudar a los demás.

Estoy buscando en mis antepasados, quisiera saber a quién salió, porque de mi parte, de mi padre y de mis abuelos no hay antecedentes, tampoco de parte de su mamá, no hay un referente familiar con el cual se haya identificado y diga: “bueno, yo quiero ser como esa persona...”.

Darío era un pendejo totalmente desprendido, lo poco suyo o lo que conseguía lo compartía. Había veces, en el barrio, que él cobraba

alguna changa y lo que ganaba se lo daba a otro compañero que tenía mucha familia y andaba sin plata. Actitudes como esta lo pintan de cuerpo entero. No era un tipo que decía: “vamos a hacer esto o lo otro, andá vos y andá vos... y yo me quedo acá”. No, era el primero, él ponía el cuerpo en todos lados. Y no es porque se la bancaba o porque le gustaba ser guapo. Era porque estaba totalmente convencido de lo que hacía.

Yo, por suerte, tengo trabajo, más o menos me la rebusco, hago doble turno en un hospital. Cuando él dejó mi casa en Claypole, en el barrio Don Orione, para ir al barrio La Fe, yo no lo entendí. Después de haber hecho un trabajo grande, interesante, organizando a los desocupados en Don Orione, porque antes no había nada, se ponía a remar otra vez en el medio de la tormenta.

Me acuerdo que él iba casa por casa, vivía a pleno para la gente que andaba sin trabajo. Les hablaba y explicaba lo que debían hacer. Era un esfuerzo serio, casi titánico. El hecho más significativo es que la gente, de repente, ya sin esperanzas, le empieza a creer a un pibe de 16 ó 17 años, como tenía Darío en esa época. Él los convencía, les hablaba seguro, si había que discutir con un fulano importante no dudaba, y si era preciso pararse arriba de un tambor para hablarle a la gente e incentivarla, lo hacía. A mi me llama la atención cómo un adolescente pudo ganarse el respeto de los mayores, eso es muy difícil. Hoy por hoy la gente del barrio La Fe, donde se fue a vivir, lo adora. La otra vez me llamaron porque se entregaron diplomas al mejor compañero, a la militancia, un poco para incentivarlos. Ese día cuando la gente grande hablaba, todos hacían referencia a Darío, algunos llorando.

Yo, entonces, pienso: la pucha, algo ha dejado, creo que su página en la historia se la ganó. Darío tiene tres hermanos: Javier de 25 años; Noelia, con 23 y Leo, que sigue los pasos de Darío, cumple 21. Leo

está metido en la militancia, ahí en el barrio La Fe, donde vivía Darío. Cuando Darío se instaló en el barrio, la gente desconfiaba un poco, se preguntaban: ¿que hacía ese pibe en medio de ellos? Yo fui, es un barrio muy humilde.

Darío se metió allí para conseguir un terreno para él y para los demás, era muy feo que en el suelo hubiera humedad, piedras, vidrios, latas... La gente no entendía y menos cuando se enteraron que tenía el secundario completo, que había hecho casi un año de CBC en la Universidad. Estudiaba historia, pero ese año fallece la madre y dejó de estudiar.

Yo le decía que estaba muy bien lo que estaba haciendo, jamás le dije “esto no lo hagas”; lo único que le remarcaba era que no dejara de estudiar, porque si tenía ganas de desarrollarse y lograr algo distinto, ahí tenía un techo.

Él me había prometido: “Está bien, viejo, voy a estudiar periodismo de investigación”; pensaba que de esa manera iba a estar cerca de la noticia y no se la iban a vender cambiada. Ahí, en el barrio La Fe, lo sienten como un estandarte; la gente grande, los jóvenes, los que lo conocieron... hasta los pibitos.

Darío tenía novia, una de sus facetas era la de ganador. Un verdadero avión, pero creo que era sincero hasta en eso, porque a las pibas les decía: salimos, curtimos, pero serio no hay nada, porque yo estoy casado con el movimiento. Y las chicas se reían y lo seguían, tenía un enganche bárbaro.

Más allá de todo, creo que en los últimos meses estaba estabilizado, realmente pienso que se había enamorado y vivía codo a codo con una compañera, llamada Claudia. Ella se había separado hacía poquito, tenía tres chicos. Nosotros tuvimos la suerte de conocerla, una piba luchadora, encantadora, lástima que el marido empezó a perseguirla,

tuvo problemas con los hijos, y a Darío lo mataron. (Perdió los hijos, perdió la casa, de repente, de tener todo, ella se quedó en la nada.)

Otra faceta de Darío era su calentura. Cumplía años el 18 de enero. Del signo Capricornio. Poco amigo de pelearse, pero defendía su pensamiento sin pensar en las consecuencias.

Ya de chiquito no soportaba perder ni al *Family*, ni a nada. Eso sí, el fútbol le apasionaba poco. A medida que se fue compenetrando con la aventura de ayudar a los demás y entender por qué nos pasan las cosas, y también por estudiar figuras como el Che, Mao, y el Subcomandante Marcos, siempre tratando de tener una buena formación, fue pensando que el fútbol era un pasatiempo para tontos.

Darío de pibe era muy creyente, católico. Los domingos a veces nos levantábamos a las siete de la mañana e íbamos a misa, pero se fue transformando, y en tanto descubre las cosas tal como son, sin velos ni mitos, sufre un desengaño. Ya no creía en nada, solo en la gente. Él participaba en el movimiento Aníbal Verón, en Monte Chingolo, Lanús. En un espacio de verdad democrático, donde todos tienen opinión.

Odiaba a los partidos tradicionales, los veía como una cueva de corruptos, tenía el convencimiento que el país no iba a cambiar porque cambiara un presidente, para él era la misma porquería. Decía que la revolución quizás no la llegaría a ver, pero también pensaba que si se enganchaba un pibe en la lucha, era una manera de ganarle al poder. Trabajaba en la bloquera, hacía ladrillos, a la par ayudaba en el comedor, y se había metido hasta el alma en un proyecto para sacar a los pibes de la calle. En un asentamiento estaba armando algo parecido a una computadora, para enseñarle a los pibes, era un sistema de estudio, él sabía bastante de computación.

Entregado a enseñar a los demás, se llevaba la video y la televisión de mi casa a un galpón, donde pasaba películas que dejaran alguna

enseñanza. Después les preguntaba por qué ocurría tal situación, y si la gente no sabía, trataba de explicarles. Con paciencia, con humildad.

Militaba de lunes a lunes, cuando estaba en casa el teléfono no paraba de sonar. Por más que a veces llegaba hecho pelota, si no lo despertaba por un llamado se enojaba, jamás ponía excusas, si se tenía que ir, aunque fuera a la una o dos de la mañana, agarraba su camperita y se iba. En sus tiempos libres le gustaba escuchar música clásica.

En su adolescencia, a los trece, catorce años defendía a los Gun's Roses. Larralde era otro artista que le caía bien, lo fue a ver algunas veces, también escuchaba al Cuarteto Cedrón. Pero el Che era su gran pasión: tenía todos los libros, videos y cassettes que lo nombraban.

Cuando a Darío lo enterramos, Leo, su hermano, se sacó un buzo de Hermética y lo puso en el cajón. Con la familia tenía una relación excelente, yo siempre digo que él fue el más *papero* de todos. Me acuerdo cuando discutía con mi mujer, y daba un portazo y salía a caminar, detrás siempre llegaban los pasitos de Darío. Me preguntaba: ¿pá, adónde vas? Yo le decía: voy a la pizzería, y al toque me decía: yo voy con vos. De hecho me terminé separando y el primero que me vino a visitar fue él.

Siento que nos han quedado demasiadas cosas en el tintero, porque éramos de ir a la feria, recorrer una librería, discutir sobre una película y tantas otras charlas que nunca más se darán.

El primario lo hizo en el San Pío, un colegio de curas, y el secundario lo cursó en Solano, en el colegio Piedrabuena. Ahí tuvo sus primeros cortes de ruta y fue elegido presidente del Centro de Estudiantes. Nunca ese centro trabajó tanto como en los cuatro años que estuvo Darío ahí. La directora no veía la hora de que mi hijo se recibiera, porque ya la tenía contra la pared. En las fechas patrias se plantaba en los actos y leía o improvisaba, contaba la historia como

era. Una vez habló de los yankis, de la penetración del imperialismo en la Argentina y la directora le pidió el micrófono y dijo que no estaba de acuerdo con el alumno Santillán. Darío le quiso contestar y cerraron el acto. Después, antes de cada acto le preguntaban: ¿usted va a hablar, Santillán? ¿De qué va a hablar? Les decía cualquier “verdura” y después se largaba con lo que quería. Incluso, en el patio del colegio dibujó la cara del Che y la cara de los chicos de “La noche de los lápices”. Creo que la directora estaba como loca, aunque jamás me llamó por mala conducta, ni porque tuviera problemas en el estudio, Darío era una persona muy inteligente.

Cuando no entendía una cosa, Darío tenía la perseverancia de ponerse a estudiar el tema hasta que lo sacaba. Para los deportes era malo, pero por ahí jugaba a la pelota. El hermano lo cargaba, lo llamaba “ojota”, porque no servía para ningún deporte. No conoció la clásica “barra”, estuvo rodeado siempre por personas más grandes. A los trece, catorce años ya militaba, entonces buscaba la experiencia de compañeros que le pudieran enseñar. Su formación lo llevaba a juntarse con ese tipo de gente. No existió la barra de la esquina para Darío. Mientras los pibes del barrio se arrimaban para fumar unos puchos, tomar una cerveza o jugar al pool, él estaba ocupándose de otras cosas, totalmente distintas.

Hay una secuencia, algo que me quedó muy grabado. Estábamos velando a la mamá, que falleció en el dos mil, y a Darío lo venía a saludar gente sufrida, de la militancia, lo abrazaban con mucha consideración, uno lo miraba y parecía un tipo de cuarenta años y no un pibe, le tenían un gran respeto. Yo creo que Darío no se permitió nunca un respiro, no quería ir al cementerio, tal vez porque tendría miedo de quebrarse, siempre se mantuvo firme ante los hechos mas graves. Él estuvo el 19 y 20 de Diciembre del 2001, como tantos

argentinos en la Plaza de Mayo, y me dijo: “Yo tuve mucho miedo, pero si yo no venzo mi miedo, no sirvo”. Por eso yo afirmo que la muerte de Darío es por ser consecuente consigo mismo. No cualquiera tiene las pelotas o vence el miedo de quedarse ayudando a un pibe que está baleado, sin saber qué carajo le va a pasar. Venció al miedo. Y pagó por ello.

Un compañero que estaba con Maxi me dijo que se quería quedar en ese momento junto a él, y Darío le dijo: “no, andate vos, o querés que te maten”. Había otro muchacho, también socorriéndolo a Maxi, que tampoco se quería ir. Entonces Darío le pega un empujón y le dice: “andate, que yo me quedo”. Sí, se quedó y pasó lo que pasó. A veces algunos periodistas se equivocan y me preguntan si Darío era violento. Darío no era violento, defendía sus cosas a rajatabla.

Mabel Kosteki, la madre de Maxi, era una luchadora, tuvo que aprender a pasos agigantados. Hay que superar el miedo, el dolor, manejarse frente a un montón de cosas. Tratar de no ser un idiota útil, es lo que intento yo. Es que toda esta tragedia trajo cola, todo está maquinado, utilizan políticamente el nombre de nuestros hijos. Hay que mantener la cabeza fría, y no dar ningún paso en falso, como el que di cuando hablé con el presidente Kirchner, porque realmente me ha defraudado, me prometió una comisión investigadora, y jamás se formó. Por no tener pelotas para destapar la olla termina comprometiéndose con un asesino como Duhalde. Porque para mí hay culpables de las muertes de Darío y de Maxi, desde el ex presidente Eduardo Duhalde para abajo. Todos tienen que ver con lo que pasó ese día. El asesinato de Darío no ocurrió porque le tenía que tocar a él por vaivenes del destino.

Sabían muy bien quién era. La policía andaba dando vueltas, lo

seguían. Él me contó una vez que lo venía vigilando un coche, que otra vez en una reunión se paró un patrullero de la policía y lo filmaron. Ese día Darío salió a encararlo al que filmaba, y le dijo: “por qué me filmás...”.

El cana le contestó que tenían órdenes de un juez. Darío entonces se presenta ante ese juez. Pero el tipo negó todo. Por eso insisto con que no fue al azar la muerte de mi hijo, sino que había un plan para matarlo. Con la edad que tenía Darío, por lo que podía dar todavía, en la forma que trabajaba y el respeto que se había ganado con la gente, cómo lo seguían, es obvio que estaba condenado, era de esa clase de personas que a los gobiernos no les conviene. Cumplía un rol muy importante: hacía crecer la conciencia, mantenía viva la esperanza...

Darío descubre al Che a los catorce años, a esa edad se le abrió todo un universo. Tenía adoración por el Che. Recuerdo que Darío hablaba del hombre nuevo que quería el Che, y yo creo que Darío era un poco ese hombre nuevo que se está buscando y parece que nunca llega. El subcomandante Marcos también lo emocionaba... A veces discutíamos, porque él estaba de acuerdo con la acción de Al Qaeda contra los yanquis.

Decía que por fin les habían demostrado que no eran los únicos en el mundo. Que a ellos también les pasan cosas. Le gustó esa demostración al gigante y en su casa: hacerles ver que a cualquiera le pueden tocar el culo. Yo le discutía, por las personas inocentes que habían muerto. Pero él veía más allá, esto lo aprendí, porque me lo dijo gente que tiene mucha militancia encima. Me explicaron que Darío veía lo que los viejos militantes no ven. Él tenía las cosas claras, era un pendejo pero no se dejaba confundir con las apariencias, buscaba la verdad profunda de la vida.

A Darío también le gustaba dibujar, en especial dibujos humorísticos, caricaturas que hacían reír mucho.

Era un pibe reacio a los chistes, pero se enganchaba en la joda, estaba aprendiendo a bailar, porque en esto salió al padre: medio patadura. Tenía el baile entre ceja y ceja, es que en las fiestas del barrio todo resulta meta cumbia.

¡Qué Darío, vaya que le tiraba el arte! Incluso fue al Colegio de Bellas Artes, quería tocar el piano; después, por problemas económicos, no pudo seguir estudiando, pero ahí aprendió un vagón de música. Le compré un órgano y tocaba algunas canciones, más tarde la emprendió con la guitarra y sacaba las notas solo, tenía mucha facilidad para un montón de cosas.

Realmente el hueco que han dejado estos canallas que lo asesinaron es increíble. Aquel que conoció a Darío se dolió con su muerte. Hay marcas que no se borran...

Mi hijo no era de contar detalladamente lo que hacía en los barrios donde trabajaba. Apenas nombraba a la bloquera, me decía que estaban trabajando muy duro con los bloques. Yo me entero de cosas de Darío porque la gente recuerda, pero él no se vanagloriaba de todo lo que hacía. Era el primero en dar el ejemplo, me acuerdo que a veces venía a verme al hospital, y cuando se estaba por ir le preguntaba si necesitaba plata, pero no me agarraba una moneda, él no quería la vía cómoda. Me decía: “Sabés qué pasa, si gano 150 mangos, y yo no los puedo administrar, cómo voy a enseñarle a la gente qué es lo que tiene que hacer.” Yo me enteré que Darío se alimentaba de la olla popular al mediodía, y a la noche no comía, se cagaba de hambre. Él los últimos dos años de su vida estuvo viviendo en el barrio La Fe, al principio se las arreglaba en la casa de Pablo, un amigo que le dio lugar, y después se ganó el terreno. Trabajaba bajo la lluvia, en el frío, un desastre; bueno, yo digo un desastre, pero Darío tenía otra visión..., como si hubiera hecho un pacto especial con la vida...

Cuando fui a ver el lugar, le dije: “vamos a hacer una cosa, vos querés vivir acá, perfecto, te ayudo a alquilar pero que sea en otra parte, en un mejor lugar; allá al costado”. Me contestó: “éste es mi sitio”. Yo le insistía con sacar un crédito, para tener un terreno. Darío me decía que yo no veía como él estaba viendo. “Ves cómo está el terreno ahora, que es una cagada, que hay humedad y está lleno de fierros, de ladrillos, vidrios... Pero dentro de dos o tres años, va a ser como aquella parte linda que vos mirás.” Y tenía razón, hoy por hoy da gusto verlo, y allí esta viviendo Leo, mi otro hijo. El barrio avanzó muchísimo, un sueño de Darío se está cumpliendo...

Ahora los vecinos se reúnen, quieren poner luces, hacer las zanjas. Me acuerdo que Darío les rompía las bolas para presionar a la municipalidad y lograr el pavimento. En esos barrios si las cosas no se hacen en conjunto, no se hacen. Aparte hay otra contra: ahí laburan mucho los *punteros*. Darío era una persona que se hacía respetar, incluso donde las reglas son de hierro.

Una vez en Adrogué, bajan del tren con su gente, venían del barrio Don Orión. Obviamente había muchas mujeres. En la estación los estaba esperando la patota del PJ de Adrogué. Darío pasó al frente y habló con los tipos estos, que dieron media vuelta y se fueron. No les tocaron ni un pelo.

Él te miraba a los ojos, y te convencía de lo que estaba haciendo. Seguramente les habrá dicho que ellos la estaban peleando igual... Que había muchas mujeres y chicos. En otra oportunidad se había ido del barrio Don Orión, para irse a militar al barrio La Fe, y había quedado una señora mayor a cargo de los planes de ayuda. El sistema es así: si participás seguís cobrando, y si no participás, no vas a la asamblea ni nada, no cobrás. Resulta que un par de muchachos se quedaron sin los planes por no participar. Entonces un sábado, medios pasados de copas,

decidieron tirar unos tiros en la casa de esta mujer. A Darío lo llamaron por teléfono unos compañeros, para avisarle.

Darío ni la dudó; agarró la bicicleta y se fue como un relámpago.

Él no te decía: “vení, haceme la segunda”. Cuando llegan los pibes a la casa, se encontraron con Darío, estos le dijeron que se corra, que él no tenía nada que ver, entonces Darío se paró firme, para decirles a los compañeros que la cosa no era así, que iban a cobrar si participaban, de lo contrario: nada. Los muchachos guardaron los revólveres en la cintura, le pidieron disculpas a Darío, y se fueron.

También había gente que lo odiaba, como la intendente de Claypole. Es que Darío, para reclamar, no pedía permiso, les tiraba la puerta abajo. En una de esas discusiones esta mujer lo amenazó: “quedate tranquilo, porque te va a pasar lo mismo que a Cabezas.” Uno después se entera de las cosas, yo sé que cuando supo que a Darío lo mataron, se puso contenta. Darío estaba en un camino sin reotrno, al que cualquiera no se anima. Tenía voluntad, convencimiento, y pelotas. Porque para hacer lo que hizo, hay que tener pelotas. En la lucha nada se regala.

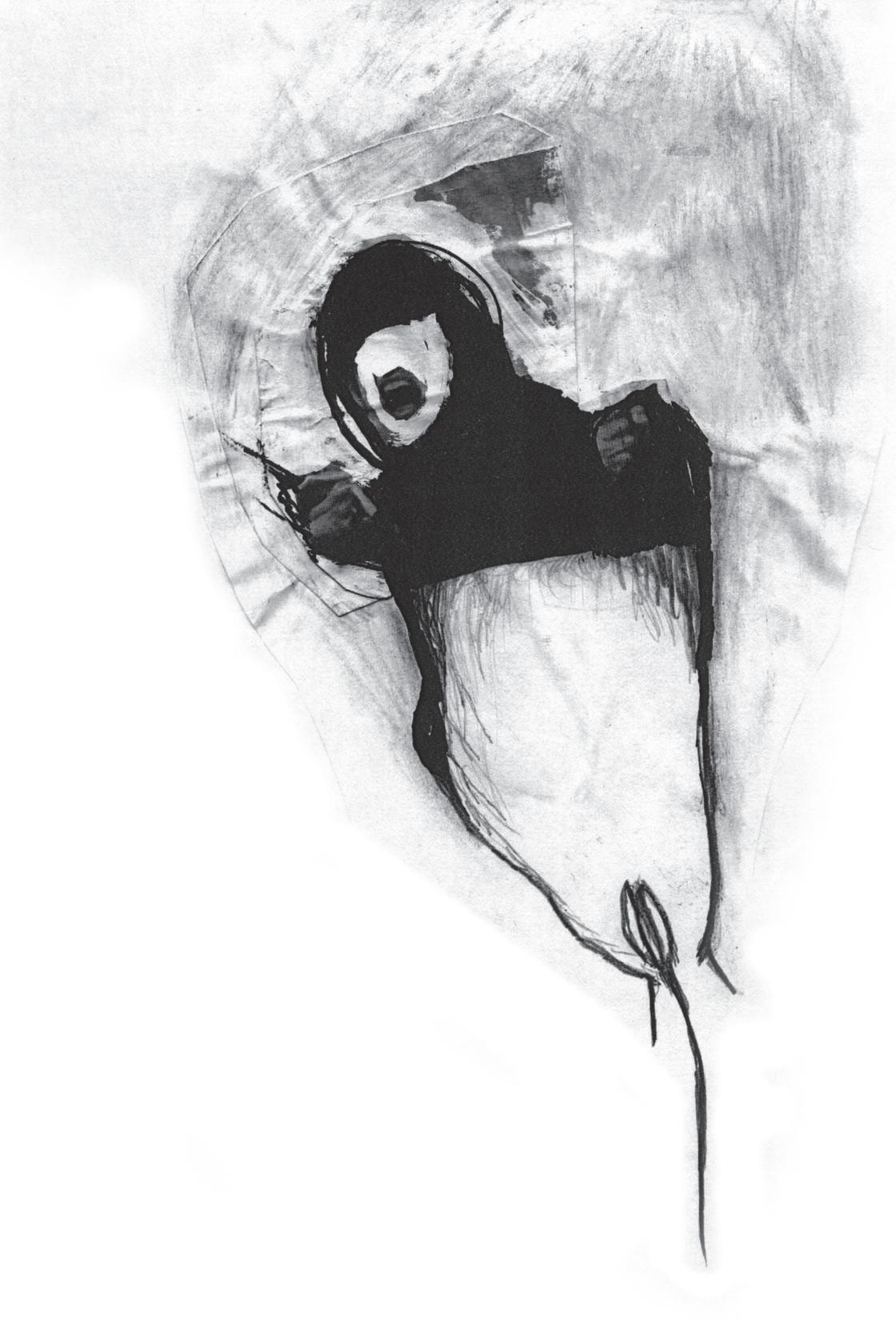
Mi hijo ya esta más allá del bien que practicó y del mal que tanto vió. Tiene su lugarcito ganado, para la gente de los barrios en el sur es una bandera. Creo que Darío va a quedar como alguien importante, le ganó al olvido y a la muerte. La gente, los artistas lo nombran, lo músicos también, algunos le hicieron canciones. Si hoy Jesús viviera, sería un carpintero, sería Darío Santillán. Eso también lo escuché decir.

Pienso que la sociedad ya condenó a los asesinos de Darío y Maxi. Hay que ver ahora de qué lado juega la justicia, que de ciega, de imparcial, tiene poco o nada.

No sólo hay que condenar a Franchiotti y a los otros policías, que mataron alevosamente. Detrás está el poder de siempre, con sus po-

líticos y financistas, con sus aparatos de inteligencia y de represión y sus riquezas para comprar las conciencias. Cuando pienso en lo difícil y larga que es esta lucha, más me duele la ausencia de Darío, más lo necesito. Pero así es la historia. Habrá que seguir andando, aunque estemos más solos, y la noche sea más noche...

*Nota:* Este testimonio fue recogido con la colaboración de Gabriel Esteban Colender.





## II

# TESTIMONIOS DE MARA Y JULIETA KOSTEKI

*(Hermanas de Maximiliano Kosteki)*

*Julietta:* “Mi hermano era tranquilo, calladito, le gustaba investigar muchas cosas; siendo un chico de cuatro años, andaba feliz entre la grasa y las herramientas.

A los ocho años le sacaron una foto haciendo que arreglaba el motor de una moto grande, le encantaban las motos. La misma pasión de mi papá, que tenía un pequeño taller mecánico.

El iba al Colegio número 55, en el Barrio Arceno, me acuerdo que de primero a tercer grado tenía una señorita que era muy dulce, de la cual él se enamoró, cuando terminó el año se sacó una foto con ella, su cara lo decía todo.

Era un chico inteligente, tenía buenas notas, y se daba mucha maña con el dibujo. No era muy demostrativo con las cosas. Me acuerdo del último dibujo, se lo regaló a mi hija Lorena, cuando cumplió 6 años, el 19 de abril, vino a saludarla y le trajo un duendecito. Ese fue el último día que lo vi a Maxi. Y el último día que lo vieron sus cuatro sobrinitos. En ese momento no sé qué inquietudes políticas tenía, y tampoco nunca me explicó bien por qué militaba en los movimientos piqueteros, aunque no dudo que le dolían las injusticias. Lo único que yo sabía es que estaba terminando el secundario y que iba a una escuela de Bellas Artes. Mi mamá trabajaba, pero la plata no alcanzaba para pagar el colegio de Maxi, el de mi hermana y el de ella, que también seguía estudiando. Entonces Maxi hacía changuitas, trabajó un tiempo en una verdulería, cortaba el pasto de algunos vecinos... Cosas sueltas, pero siempre con empeño.

Se ve que Maxi encontró en esta organización de trabajadores desocupados un espacio para su sensibilidad social y se enganchó para ayudar a los más necesitados. Había llevado un tanque para hacer un horno, a mi me lo contaron hace poco sus compañeros. Tampoco sabíamos que se había anotado en un plan trabajar para pagarse la escuela y los materiales de dibujo. Nunca lo cobró porque iba a ser su primer mes del plan y lo mataron antes.

Con Darío Santillán no se conocían, la primera foto que les sacaron juntos es increíble, da la casualidad que se los ve enfrentados.

Esa foto salió en un diario y después la pusieron en un libro que hizo el Movimiento Aníbal Verón. La otra casualidad fue cuando lo llevan a Maxi herido a la estación, y Darío lo ve y, sin saber quién era, se acercó e intentó hacerle los primeros auxilios, con otro muchacho que lo estaba ayudando. Los policías les dijeron que tenían que salir. Ahí se dieron cuenta que era Darío el que estaba al lado de Maxi, entonces le tiraron a quemarropa, por la espalda. El otro pibe se salvó de milagro, pudo escaparse, si no supongo que también lo hubieran matado.

Darío debía ser una persona muy sensible, yo estoy orgullosa de los dos, a pesar de que a Darío nunca lo vi. Pero leí en revistas y diarios sobre las cosas que hacía por los demás, y en la situación que él vivía. En parte los dos eran uno, porque a Maximiliano también le gustaba ayudar a la gente, que los chicos aprendieran... Mi hermano les enseñaba a dibujar. Ellos murieron por sus sueños, y a nosotros nos toca vivir la pesadilla...”.

*Mara:* “A pesar de que no se conocían compartían los mismos ideales, uno en cada punta. Después de su muerte descubrimos muchas cosas, por ejemplo que Maxi estaba practicando artes mar-

ciales, capoeira, y había aprendido a hacer malabares con pelotas. Nos enteramos que pudo organizar una exposición de sus dibujos. Mi mamá sabía que tenía un montón en la pieza, pero él nunca los mostraba, tampoco sus escritos. Escribió muchos cuentos y poesías, fue su mundo secreto. Mi mamá le compraba lapiceras rojas y negras, porque estaba haciendo un dibujo enorme. Lo trabajaba de a poco, cuando él podía, lo pintaba arriba de la mesa del comedor, quedó a mitad de camino, no se lo dejaron terminar, era para mirar, pensar y razonar. Otro de los dibujos que no llegó a terminar, era el dibujo de un bebé, el hijito de una amiga de él, ahí quedó, entre tantas cosas...

Maxi en los últimos tiempos estuvo solo, había salido con una chica llamada Luciana, algo así como la primera novia, estuvieron juntos dos años y medio, y la llevó a casa y se la presentó a mamá. Nos habremos visto dos o tres veces, nada más, pero era divina, yo soñaba que Maxi iba a estar siempre con ella.

Después estuvo saliendo con otra muchacha que tenía un nene, intentó formar pareja con ella, pero la historia no resultó. Yo sé que siempre estuvo enamorado de Luciana. Maxi era una persona muy sensible, cariñoso, un gran compañero. Pero a la vez reservado, no contaba mucho, si estaba mal nos dábamos cuenta: se encerraba en la pieza y no le hablaba a nadie”.

*Julietta:* “Era un chico que siempre quería evitar las discusiones y la violencia, no le gustaba pelearse ni que se pelearan.

Las veces que venía a verme, y se quedaba una semana o un mes en casa, los chicos lo invadían, que tío de acá, tío de allá, haceme dibujos... El era *el tío* en todas sus formas”.

*Mara:* “Lo que más me llamaba la atención de Maxi era su tran-

quilidad, yo soy lo contrario, y a veces estaba preocupada, porque tenía que presentar un trabajo en el colegio o dar un examen, y estaba siempre estudiando nerviosa, de acá para allá.

Y Maxi me decía: calmate, gozá de la vida que sos joven, ya vas a tener tiempo. Yo a veces lo veía tan pachorriento que me enojaba y le exigía que se hiciera cargo de su destino. Él decía que ya estaba haciendo bastante con su vida, que él la disfrutaba. A veces tenía pensamientos muy simples y en otros momentos te abría la cabeza con su profundidad, y te hacía recapacitar. Me dejó pensando sobre muchas cuestiones, creo que voy a seguir pensándolas toda mi vida. Yo vivía con mi mamá y con él. Creo que ser hermanos es compartir cosas. Con Maxi salíamos juntos, nos reíamos fácilmente, escuchábamos la misma música...

Le gustaban distintos estilos, como el Heavy Metal, el Pop, la romántica... También era de mucho leer, tenemos una biblioteca grande. Los últimos libros que leyó fueron *El fantasma de Canterville*, el *Diario del Che*, *La metamorfosis* de Kafka...

Los amigos de Maxi eran tranquilos como él. Estaban buscando qué hacer de sus vidas, encontrar un sentido a la existencia... “Son tiempos muy oscuros”, solía decir mi hermano.

Maxi tenía 23 años, y muchos de los pibes con los que andaba eran adolescentes, estaban en ese tránsito de sufrimiento, de confusión, y acaso buscaban de él una palabra justa... Algunos amigos eran del barrio, de Glew, otros de Claypole, Adrogué, Capital... Pero su amigo del alma era Juan Miguel, quien más venía a casa, y Maxi se quedaba a dormir en la de él. Vivía solo con el padre, y yo creo que Maxi adoptó como imagen paterna al papá de Juan Miguel. Mi padres se separaron hace muchos años, yo tenía un año, ahora tengo casi veinte. Mi mamá siempre hizo de mamá y papá.

A Maxi no le gustaba el fútbol, al principio decía que era de Boca, después de Racing y al final dijo: soy del viento. En un tiempo, a los doce años, jugó en un club al básquet, casi dos años, esto fue en Claypole. Después nos mudamos a Glew y se dedicó más a dibujar, a pintar, y estuvo aprendiendo a tocar la guitarra, la flauta y el órgano. Tenía mucha facilidad para las manualidades, hacía muñecos con corchos y alambres, y también esculturas con arcilla. Hizo una escultura que tiene cinco caras, en diferentes posiciones. Maxi sabía que su carrera era la de artista, lo decidió siendo muy joven. Su amor al arte pienso que tiene que ver con mi propia historia, porque yo la enloquecí a mi mamá con que quería aprender dibujo. Entonces una compañera de ella, que era profesora de arte, comenzó a darme clases en casa dos veces por semana. A Maxi le gustó la paciencia de esta profesora, se sintió identificado, ahí encontró lo que él quería. Al poco tiempo empezó a estudiar dibujo con ella. Siempre se siguió perfeccionando, iba a talleres, tenía constancia y pasión.

Ahora, cuando veo a mi hermano retratado en una pared o en una bandera siento bronca, ¿me tengo que conformar con una foto o una bandera? No, yo lo quiero al lado mío y ya no lo tengo, por voluntad de alguien que supuestamente nos tendría que cuidar y proteger y no lo hizo. Yo le hecho la culpa al policía que disparó y al político que dio la orden, no son humanos.

Yo siempre limpiaba los roperos, y encontraba cosas que se podían dar, porque no las usábamos. Cerca de mi casa hay una capilla y llevaba la ropa ahí. Me acuerdo que yo le preguntaba a Maximiliano si tenía algo para donar. Y él sacaba de todo, incluso ropa que todavía usaba, decía que seguro habría otra persona que la necesitaría más. Mi figura paterna era Maxi, yo le contaba cualquier cosa, y él estaba ahí, escuchando, ayudando. Yo empecé a conocer la calle gracias a él,

porque empecé a salir con él. Estoy orgullosa de mi hermano, siempre hizo algo bueno con su vida.

Mi mamá después de la muerte de Maxi, no fue la misma. A ella, la vida no le sonrió mucho, ni cuando era joven, ni más tarde, porque siempre desde lo que yo sé, tuvo que pelearla y ser fuerte. Poner el pecho para salir adelante. Cuando se separó de mi papá debió ponerse a trabajar, con cinco pibes, alimentarlos, vestirlos, educarlos.

La realidad de ella fue siempre muy difícil y cuando creíamos que las cosas iban a ser más sencillas, porque estábamos estabilizados, teníamos para comer y estudiar, pasó lo de Maxi. Con su muerte me sentí un poco desplazada por mi mamá: que había una marcha, que fuéramos a un piquete... A mi hermana no la veía nunca. Apenas la podía encontrar un sábado, o un domingo a la mañana. Mi mamá siempre fue activa, pero al final de su vida se potenció más. Nuestro mundo era otro, creo que a cualquiera que le pase lo que nos pasó a nosotras, se le cambia la existencia. Mi mamá nunca dudó: tenía fijo en la cabeza que quería justicia. Porque si no exigimos justicia nos van a seguir aplastando. ¿Cómo imaginarnos que el día de mañana nos maten un hijo y quedarnos cruzados de brazos y que ese asesino siga matando a otros?”.

*Julieta:* “Desde que mataron a mi hermano tengo la impresión de que me arrancaron algo, Maximiliano era un pedacito mío.

Primero Maxi y después la muerte de mi madre, me doy cuenta que no puedo tomar el papel de ella, siento que sufro una tremenda conmoción.

La querellante principal en la causa de Maxi era mi mamá. Ahora la cabeza querellante soy yo, por ser la hermana mayor. Sabemos que el primero de marzo del 2005 empieza el juicio. Nos esperan horas difíciles...”.

*Mara:* “En mi casa tengo cajas, bolsas y carpetas repleta de escritos, dibujos y un montón de cosas que tenía Maxi. Yo, que compartí casi todo con él, no sabía que escribía, ni que iba a un taller de literatura. Era lo único que no sabía, porque siempre me contaba todo. Me atreví a leer algunas páginas. Escribía con fuerza de la vida, le dolía en el alma lo que pasaba, era muy conciente de la falta de trabajo y del hambre, estaba mucho en contacto con gente muy precaria que a veces no tenían ni para comer. Y todo ese dolor que él tenía lo plasmaba en una hoja. Por eso yo creo que estaba con los piqueteros, para ayudar a la gente más humilde, a los que fueron arrojados de la vida pero no olvidaron su dignidad”.

*Julietta:* “El soñaba que con sus dibujos algún día iba a ser reconocido y recorrería el mundo. Escuché a muchos artistas afirmar que por la edad que tenía era muy buen dibujante. Un artista con todas las letras. Me sorprende lo que dice la gente de sus dibujos, y me emociono, y pienso también en mi madre, que tanto lo ayudó”.

*Mara:* Los dibujos de mi hermano los vamos a exponer, primero hay que hacer un tratamiento a las obras para que se conserven mejor. Tengo una amiga que es artista plástica y nos va a dar una mano. Cuando empezamos las clases de dibujo, pensé que Maxi iba a dejar. Pero fue al revés, la que abandoné fui yo y él siguió. Nos dejó el consuelo de la belleza, porque en su obra hay belleza.

Los últimos trabajos de Maxi, para ganarse la vida, consistían en pintarle alguna reja a un vecino, o alguna changa de albañilería. Otro trabajo más bien fijo que tuvo fue de cuidar perros, con un amigo que tenía un criadero. Maxi los bañaba, les daba de comer, los sacaba a pasear, estuvo casi tres años ahí. Los perros le encantaban.

En esa época él, mi mamá y yo estábamos estudiando para terminar el secundario. Los tres cursábamos segundo año, en distintos colegios; el de Maxi, tenía orientación artística. Después lo mataron, yo me deprimí mucho y dejé el colegio, mi mamá siguió hasta tercero. De un día para otro la operaron de cálculos en la vesícula, era una operación sencilla, pero se complicó y murió.

Un cálculo se le había instalado en el tubo gástrico, antes de operarla no lo detectaron, después de la operación se empezó a sentir mal, no la pudieron intervenir porque se le había infectado el páncreas. Esa infección se extendió por todos sus órganos. Yo creo que las cosas salieron mal porque ella entró al hospital muy débil emocionalmente. Si a mi mamá no le hubieran matado un hijo, en dos días salía caminando”.

*Julieta:* “Los médicos nos daban un poco de esperanza, decían que se podía salvar. Aunque a la vez decían que dependía mucho de ella. Y ella no pudo más...”.

*Mara:* “Los medios inventaron que a mi hermano mayor, llamado Javier, también lo había matado la policía, con la intención de lastimarnos. En general los medios nos trataron bien, salvo una periodista de un canal de noticias... Ese día me sentí mal por algunas preguntas que me hizo en el velorio de Maxi. Me sentí agredida, querían nuestras lágrimas en cámaras, pero no se las dimos, nos querían ver sufrir, pero supimos ser fuertes”.

*Julieta:* “Yo soy muy sensible, sin embargo ese día no lloré ante los medios. Aunque si alguna vez se me cae una lágrima frente a una pregunta de un periodista, va ser de bronca y de impotencia. Me duele

mucho ver las imágenes que pasaron en la televisión, cuando a mi hermano lo arrastraban. Tiemblo de frío, me estremece”.

*Mara:* “Incluso uno de los policías se sonríe, como los pescadores cuando agarran a su presa, y muestran el cuerpo de mi hermano como si fuera un trofeo. Así se sonreía este señor –por llamarlo de alguna manera–, como si tuviera su presa. Yo tengo un resumen de todos los policías que estaban ese día. Quiénes dispararon plomo y quiénes balas de goma.

Digo dos cosas. Una a los asesinos: no merecen vivir en este mundo, van a sufrir las consecuencias, de una forma u otra tendrán que pagar. Y a las familias que perdieron un ser querido, y sufren ese dolor, les aconsejo que se hagan fuertes, porque la justicia está lejos, pero llega. Habrá que empujarla, o abrirle los ojos si se quedó dormida”.

*Nota:* Estos testimonios fueron recogidos con la colaboración de Gabriel Esteban Colender.



### III

## TESTIMONIO DEL MOVIMIENTO DE TRABAJADORES DESOCUPADOS ANÍBAL VERÓN

1. *Cumpliendo con la represión aleccionadora que el poder económico y su propia estructura política le demandaban, el gobierno de Eduardo Duhalde desencadenará una verdadera masacre contra sectores populares combativos. La acción provocadora comienza el 26 de junio de 2002 en horas de la mañana en el Puente Pueyrredón, cobrará luego múltiples heridos y culmina con la alevosa muerte de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, tras una verdadera cacería que llegará hasta la estación de tren de Avellaneda.*

2. *Darío y Maximiliano, militantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, fueron parte de los cuatro mil desocupados que se movilizaron al Puente Pueyrredón. Junto a sus compañeras y compañeros del barrio, aquella mañana compartieron desde temprano las tareas organizativas para la jornada. Cada día trabajaban en emprendimientos comunitarios, se organizaban, soñaban. Desatada la represión, resistieron con firmeza hasta que fueron asesinados.*

3. *Entre los funcionarios que crearon el clima de violencia institucional y quienes apretaron el gatillo, hubo mucho más que coincidencias discursivas. Existió una planificación general que englobó cada declaración y cada actitud tras el objetivo de justificar la represión sistemática contra la lucha popular. En el oficial Franchiotti y sus hombres (entre otros el cabo Acosta), recayó la responsabilidad operativa de la masacre.*

*El comisario mayor Vega, un protegido político del presidente del PJ de la provincia de Buenos Aires, le asignó la misión.*

*El subsecretario de inteligencia y amigo personal del presidente, Eduardo Duhalde, Oscar Rodríguez, fue el nexo entre la Casa Rosada y la maldita po-*

*licía. El entonces secretario de Seguridad Juan José Álvarez garantizó el brutal operativo conjunto de las fuerzas de represión interna, sobre el cual montaron los fusilamientos. Voceros del poder económico, a través de los medios de comunicación, agitaron y justificaron la represión y las muertes.*

*4. La instigación desde el poder a provocar una represión aleccionadora tuvo su correlato con la materialización de los crímenes por las fuerzas represivas. Pero no alcanzó con esto. En las horas y días posteriores desde el gobierno se avalaron los crímenes, a cuyos fines se organizó un montaje de argumentos falsos para difundirlos por los medios de comunicación. Al fallar esa acción gracias a la intervención de testigos y periodistas gráficos (fue vital la aparición de fotografías documentando los crímenes), la actividad del poder se concentró en la faz judicial, buscando la mayor impunidad para los responsables políticos y materiales de los hechos.*

#### RELATO SOBRE LA FUSILACIÓN DE MAXIMILIANO KOSTEKI

Mario Pérez fue el primer compañero que recibió un impacto de munición de plomo, al inicio de la represión. Estaba en la vereda del bingo de Avellaneda cuando escuchó los primeros disparos y vio caer un cartucho de gas lacrimógeno a medio metro, sobre el asfalto. Tuvo el impulso de darse vuelta y correr, pero sintió un golpe seco en la pierna derecha y otro en la izquierda. Cayó sobre la vereda e inmediatamente alguien lo levantó y lo ayudó a que corriera con él. Era Darío, quien lo acompañó en la retirada hasta que encontraron a Enrique, el hijo de Mario. Darío volvió a agruparse con sus compañeros y Mario, de 44 años, y su hijo mayor pudieron llegar a la estación de servicio Shell, desde donde una ambulancia los trasladó al hospital. Mario se había movilizó aquel día con el MTD de Florencio Varela, con su familia y sus vecinos.

Aurora Cividino llegó desde San Telmo con un grupo de asambleístas que decidieron sumarse solidariamente a la protesta. También corrió en desbandada apenas escuchó las detonaciones. Logró llegar a la esquina de Pavón, dobló siguiendo a la multitud y estaba a la altura del supermercado Carrefour, de espaldas al cordón policial, cuando la hirieron. En el hospital supo que le habían dado dos tiros. Tenía fracturado el fémur izquierdo y una segunda bala alojada en el muslo derecho.

Cincuenta metros más adelante del lugar donde Aurora cayó, unos doscientos piqueteros hacíamos frente con piedras y gomeras al cordón de la Bonaerense y de la Prefectura que avanzaba disparando. Tratábamos de demorar la embestida para organizar la retirada. Ahí, entre nosotros, estaban Maximiliano Kosteki, Miguel Ángel Paniagua y Carlos Romeo parados a la altura del arco de entrada de Carrefour. Un mismo disparo de nueve perdigones les dio a los tres: para Maxi, la lesión en el pecho fue mortal. Otros dos perdigones atravesaron sus piernas. A Miguel Ángel un plomo le quebró la pierna izquierda. Carlos Romeo le dio la espalda a los uniformados segundos antes de recibir otro de los perdigones en su hombro derecho. Si se repasan las imágenes que registró el canal de noticias Crónica TV, puede verse el momento en que Maximiliano fue herido de muerte. En el costado superior derecho de la pantalla, el reloj digital que acompaña la transmisión indicaba las 12.42 en el momento en que Maxi caía. Habían pasado más de cuarenta minutos del inicio de la represión y los uniformados parecían tener objetivos, pero no plazos. Sin apurarse, todo el tiempo avanzaron en forma constante sobre nosotros abriendo fuego con municiones de plomo, seguros de lo que hacían.

Al sentir el golpe en el pecho, Maxi cayó de rodillas. “*Me dio la yuta, me quema, llevame*”, le pidió a los cumpas que enseguida se acercaron a

él y lo ayudaron a caminar los siguientes ciento veinte metros. Héctor Fernández, que lo conocía, le pasó la mano por debajo del brazo y lo cargó para alejarlo de allí, rumbo a la estación.

#### RELATO SOBRE LA FUSILACIÓN DE DARÍO SANTILLÁN

Tras el desbande inicial se resguardaron en la estación las compañeras y compañeros mayores y otros que se sintieron asustados ante la represión brutal. Además, claro, de Héctor y de quienes buscaban refugio para el compañero herido. También Darío, aunque no entró a la estación por ninguno de esos motivos. Desde el principio había estado ayudando a organizar el repliegue con el grupo de compañeros con más experiencia y decisión, aguantando los gases y buscando con qué hacer barricadas. La revisión de las filmaciones televisivas, semanas después, nos confirmó lo que algunos recordábamos en forma difusa. A unos setenta metros pasando la estación, bajo el puente ferroviario que cruza la avenida, Darío todavía estaba con nosotros. Ahí se lo ve en las imágenes de Crónica TV: caminando nervioso, como pensando rápido, madurando una decisión, antes de alejarse del grupo y enfilarse por la vereda de vuelta a la estación. ¿Por qué, entonces, si ya habíamos pasado de largo, él decidió volver? Tal vez por Leo, su hermano, o por Claudia, su novia. Puede ser, sí. Supuso que estaban en peligro y por eso volvió. Pero tal vez no supiera que ellos estaban ahí y, en cambio, volvió por sus compañeros del barrio, porque otro de nosotros, viendo el peligro que se avecinaba, gritó y Darío escuchó: “*¡Que no entren a la estación, que sigan. Los van a cagar gaseando, los van a llevar a todos en cana!*”. Aunque Darío no necesitaba escuchar esa advertencia para darse cuenta del peligro, y es posible que haya visto a Maxi herido antes...

En realidad, Darío volvió por todos. Por su hermano y por su novia. Por sus compañeros del barrio y los demás. Por Maxi agonizante. Por todos los que, ante el peligro, no nos decidimos a volver. Volvió Darío a la estación por pura consecuencia con los valores, así sencillos, cotidianos y revolucionarios, que aprendió y predicó en su militancia. Había dicho, en la última Marcha de la Resistencia, con las Madres de Plaza de Mayo: *“Nos pesa mucho la valoración de todos aquellos que dieron la vida, más de 30.000 compañeros que pelearon por lo mismo que estamos peleando hoy. Lo que sentimos en carne propia es que somos los mismos que pelearon en aquellos años. Somos la continuidad de esa historia”*. Por aquellos compañeros caídos, que reencarnan en cada piquetero en lucha y que volvían a caer con Maxi, Darío volvió. A dejar testimonio con su vida de que, aunque nos sigan matando, seguiremos resistiendo.

Una chica abrió todas las puertas del hall de la estación que daban a la calle. Desde afuera entraron el ruido de los disparos y las corridas que se acercaban. El aire estaba pesado pero limpio, aún no contaminado por los gases lacrimógenos que tiraba la Infantería. A Héctor, de pie junto al cuerpo de Maxi, le pareció que la policía estaba cerca.

Un grupo de Infantería había avanzado durante todo el trayecto por Pavón, formado en línea y cruzando la avenida de punta a punta. Lo secundó otra línea de Prefectura. En su avance sostenido arrojaron gases lacrimógenos y balas de goma, y también desde sus posiciones llegaron las balas de plomo. El grupo comandado por Fanchiotti avanzó todo el tiempo a la sombra del cordón de infantes y alguno de sus integrantes siempre estaba en posición de tiro cuando eran heridos los compañeros con munición de guerra. La identificación de la patota a cargo del comisario por momentos se hizo difícil, ya que no mantuvo una formación determinada. Avanzó con mayor soltura que el resto de las tropas, con una tarea central: disparar con

postas de plomo sobre los piqueteros que nos replegábamos por la avenida Pavón. El fotógrafo Sergio Kowalewski intentó hablar con Fanchiotti unos 60 metros antes de llegar a la estación. “*Paren, ¿no ven que la gente ya se está yendo*” *Paren que van a hacer una masacre*”, lo increpó. Segundos antes había pensado que podría haber heridos de gravedad, al ver los rastros de sangre que se extendían como una línea por la vereda de la avenida Pavón, en dirección a la estación. El comisario, agitado y sobreactuando, le dijo “*Mirá lo que me hicieron*” y mostró su cuello levemente ensangrentado. “*Pero van a hacer una masacre* —insistió Sergio— *¿No ven que ellos están con palos y piedras y ustedes con fierros?*” Entonces vino un agente gordo de Infantería a defender a su jefe: “*Si no te gusta pasate del otro lado*”. Considerando los hechos posteriores, el fotógrafo debió interpretar la advertencia como una amenaza de muerte.

Sergio se apuró para llegar a la estación antes que los policías. Apenas entró vio la escena alrededor de Maxi, sacó cinco fotos y también a él lo ganó la desesperación. Salió a la vereda para pedir una ambulancia, pero lo distrajo el disparo del efectivo de Infantería hacia donde estaba la gente. El infante se adelantó del cordón policial, puso su Itaka en posición de tiro, rodilla en tierra y gatilló. En sentido ascendente, los perdigones atravesaron el vidrio de la ventana de entrada, dejando un círculo mal recortado de 15 centímetros de diámetro. Los nueve plomos que salieron del disparo quedaron incrustados en el cielorraso del hall de la estación.

Fanchiotti, Acosta y el resto de la banda todavía no habían entrado.

En la avenida, una vez llegados al frente de la estación, el oficial De la Fuente se plantó en medio del cordón de Infantería a los gritos, gesticulando para que los infantes mantuvieran la formación. Se destacaba del conjunto por no llevar casco ni escudo, pero tampoco

uniforme. Ir vestido con un buzo a rayas azul y blanco no fue la mejor elección para el oficial de civil, que resultó fácilmente identificable en todo momento.

“*Váyanse, rajen*” gritó Darío al grupo de compañeros que los rodeaban, buscando con la mirada a Claudia y a su hermano. Maxi agonizaba y el nuevo disparo de plomo acababa de sonar sobre las cabezas de quienes aún permanecían allí. “*Me quedo yo, salgan*” insistió, sabiendo que estaba en medio de una situación difícil y debía transmitir seguridad. “*Salgan*”, había dicho y más que una exclamación desesperada fue una orden consciente, fundamentada. “*Me quedo yo*”, agregó sin dudar, para que sus compañeros se convencieran de que debían irse. Todo el mundo gritaba y era difícil entenderse, pero la voz de Darío, a través de su bufanda, se escuchó.

Héctor corrió hacia los andenes. A los empujones, como todos los que intentaban escapar, trepó las escaleras y subió al primer tren. Leo, Claudia y los demás corrieron detrás de él. Junto al cuerpo de Maxi quedaron solamente Darío y un muchacho de pantalón beige, pullover verde y bufanda cuadriculada al cuello, llamado Pablo.

Arriba, en los andenes, también se habían escuchado tiros y vidrios rotos. “*Eran dos que estaban vestidos con cascos*”, dice Mariana, la Negrita, del MTD de Florencio Varela, en referencia a personal de la Guardia de Infantería. “*Vimos que apuntaban hacia donde estábamos nosotros. Algunos balazos eran de goma, porque no lastimaron tanto a los compañeros. Pero otros eran de plomo. Nos dimos cuenta cuando impactaron en el cartel que marca el nombre de la estación*”. La foto del cartel con al menos siete impactos de postas de plomo fue publicada al día siguiente en distintos diarios nacionales. La Negrita estaba segura de que esa situación se había dado antes de que Fanchiotti y su banda entraran a la estación. “*No sé la hora, pero de lo que sí me acuerdo es de que Leo llegó al andén un rato largo*

*después, con una cara muy angustiada, porque presentía que algo acababa de pasarle a su hermano. Leo llegó unos pocos segundos después de que lo mataron a Darío y los canas que disparaban ya habían bajado hace rato*". Recién después de estos disparos efectuados por personal policial en el interior de la estación y en los andenes, el comisario Fanchiotti, el cabo Acosta, el principal Quevedo, el cabo Colman y el suboficial De La Fuente entraron al lugar.

El cabo Acosta entró primero. Lo hizo con paso decidido, la escopeta con cartuchos rojos en la recámara y el caño en posición de tiro. Apuntó indistintamente a las dos personas que quedaban alrededor del cuerpo agonizante de Maxi y gritó, insultó y amenazó para que se fueran. Fanchiotti entró inmediatamente después, justo cuando Pablo, el de pullover verde y bufanda a cuadros, se levantó para huir hacia el andén. Él, Claudia, un empleado de limpieza de la estación de apellido Sicka y varios más, fueron alcanzado por postas de goma en la espalda y las piernas cuando ya estaban subiendo las escaleras.

Mientras huían, un nuevo disparo se escuchó en el hall. Las nueve postas de plomo quedaron incrustadas en la madera del marco de la puerta de salida al patio. Leonardo Trimani, un pasajero que recién llegaba a la estación, reconoció "*al policía que se encontraba a la derecha de Fanchiotti*" (en referencia al cabo Acosta) como el autor del nuevo disparo con munición de guerra.

Darío se mantuvo un instante más en cuclillas, con su mano izquierda sosteniendo la mano de Maxi, tal vez buscándole el pulso que se iba o tratando de evitar con su calor que se enfriara. "*Como en un cuadro pintado por Maxi, —escribió Manuel, compañero y poeta— su mano de artista es apretada por la mano de pelea de Darío*". Y su otro brazo combatiente extendido hacia los policías que le apuntaban, con firmeza pero también con impotencia, ya sin piedras y sin palo,

sólo la mano abierta, enfrentándolos, como diciendo: “*¡Paren! El pibe se muere*”. Su mano gigante, fuerte, desarmada y pura, valiente e inocente, ante los cobardes criminales que tuvieron que esperar a que Darío volteara y les diera la espalda, porque ni las armas cargadas con plomo ni la impunidad prometida podían darles las agallas necesarias para matarlo de frente. Fanchiotti se sumó a los gritos y amenazas de su chofer para que también Darío saliera del lugar. Recién cuando el caño de la escopeta de Acosta estuvo a menos de dos metros de su cara, Darío se paró e inició la salida. Fanchiotti ya había avanzado unos pasos siguiendo al joven del pullover verde y bufanda a cuadros. El principal Quevedo y el cabo Colman estaban presenciando los hechos. Por el patio de la estación, otros dos agentes de Infantería se paseaban buscando manifestantes perdidos. Eran los que venían de tirar con plomo en el andén.

Cuando en el interior de la estación volvieron a sonar los disparos, en la calle el oficial De la Fuente contenía a los infantes, que reconocieron fácilmente el sonido más seco de la detonación que corresponde a munición de plomo. Un agente de Infantería que no era parte de la formación complementaba la tarea del oficial de civil, parado cerca de la puerta, indicando a sus colegas que se mantuvieran sin entrar. Algunos de ellos mostraban en sus rostros el desconcierto: si como les habían dicho sus jefes los impactos provenían de los piqueteros armados, ¿qué lógica indicaba que al lugar entraran solamente el comisario y un grupo de agentes, manteniendo afuera al cordón de Infantería?

Cinco metros recorrió Darío desde que se puso de pie y buscó la salida hasta que le dieron la perdigonada completa de munición de plomo por la espalda. Había traspasado las puertas que dividen el hall del patio de la estación; había pasado también a Fanchiotti,

que en su corrida tras el otro muchacho estaba demorado buscando más cartuchos en el bolsillo de su saco. Acosta había emprendido la persecución siguiendo sus pasos. El cabo y el comisario llevaban munición de guerra y los dos quedaron en la línea de tiro cuando Darío cayó herido de muerte. Al escuchar el nuevo estampido y dirigir la mirada, Sergio Kowalewski vio apuntando, en primer lugar, al comisario. Pepe Mateos, fotógrafo del diario Clarín, quien segundos antes había retratado el ingreso de los policías al hall, no tuvo ángulo suficiente para ver el momento en que se efectuó el disparo. Caminó hacia el patio cuando escuchó la detonación y entonces sí vio a Darío caído intentando sus últimos movimientos, estaba también la mujer que se retorció por el ahogo y que parecía estar en una situación más dramática. Pero volvió la vista cuando los policías se acercaron al cuerpo agonizante: *“La policía lo mató de una forma brutal. El personal policial le pegaba y le decían ‘parate’, lo pateaban. El comisario, que yo no sabía quien era, también estaba cuando lo llevan para afuera. Fue un ensañamiento la forma en que trataron a Santillán. La forma en que lo arrastraron fue totalmente innecesaria. El comisario lo sacudió y lo palpó...”*. Los policías a quienes Mateos vio pegarle y patear a Darío mientras agonizaba fueron el cabo Colman y el principal Quevedo. El comisario que lo zamarreó en el momento en que Darío moría era Alfredo Fanchiotti.

Quevedo y Colman arrastraron el cuerpo hasta la vereda para volver a dejarlo tirado al costado del kiosco de diarios, junto al cordón de la calle. El comisario volvió a acercarse a Darío y repitió la farsa de revisarlo, aunque ahora con mejores modales: pensó que recién entonces habría cámaras fotográficas y de televisión, pero no antes. Quien sí tuvo una idea certera de que el crimen recién cometido había dejado evidencias fue su chofer Acosta. Se acercó a Fanchiotti, que permanecía junto al cuerpo de Darío, como esperando una

ambulancia y le dijo en voz suficientemente fuerte como para que el audio quedase registrado en la filmación televisiva: “*Mirá que tu cara quedó en la foto, viejo, eh*”.

*Nota:* La profunda investigación que sobre el asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki realizara el M.T.D. Aníbal Verón se encuentra completa en *Darío y Maxi: dignidad piquetera. El gobierno de Duhalde y la planificación de la masacre del 26 de junio en Avellaneda.*



## DECLARACIONES DEL FRENTE POPULAR DARÍO SANTILLÁN

“El juicio apunta a cerrar el caso en las responsabilidades de los oficiales Fanchiotti y Acosta, reduciendo a un hecho policial lo que fue una decisión política de que hubiera muertes en esa represión. Por eso, para que quienes tomaron esa decisión paguen, para que otros desde el poder no decidan volver a matar amparados en esta impunidad, reclamamos justicia.”

“Todo el entramado político y cúmulo de indicios fue prolija y sistemáticamente ocultado en la investigación judicial, y escandalosamente descartado durante el juicio. Ante la negativa de los fiscales de investigar más allá de los disparos, los abogados de los familiares y compañeros de militancia de Darío y Maximiliano impulsaron la citación a declarar, más no sea como testigos, de los responsables políticos de los crímenes. Una semana antes de que el propio expresidente Eduardo Duhalde tuviera que comparecer ante el tribunal, el fiscal Bernardo Schell (que se supone debería estar interesado en profundizar la investigación) pidió sin embargo que quedara sin efecto esa citación, al igual que las de otros funcionarios imputados...”

“Los familiares y los compañeros de Darío y Maxi realizamos, cada día 26, una movilización en el Puente Pueyrredón, reclamando que se profundicen las investigaciones.”

“El poder encubre sus propios crímenes y, protegiendo a sus eyectores, se protege a sí mismo. Si durante todo este tiempo la

impunidad tuvo algún contrapeso, ello fue la permanente movilización popular; el señalamiento público de los responsables a través de la denuncia, la movilización y los escraches se convirtió en la forma en que los de abajo tenemos de exigir justicia”.

## LA SENTENCIA

Lomas de Zamora, 9 de enero de 2006.

(...) En virtud de lo expuesto este Tribunal Oral en lo Criminal N° 7 Departamental,

RESUELVE:

1) RECTIFICAR los puntos XI), XII), XIII), XIV), XV), XVII), XVIII) y XIX) de la parte resolutive de la sentencia dictada en la presente causa, quedando los mismos redactados de la siguiente manera:

XI.- CONDENANDO a ALFREDO LUIS FANCHIOTTI, de nacionalidad argentina, sin apodos, nacido el 1 de marzo de 1955, en Florencio Varela, D.N.I. 11.419.487, hijo de Gabriel Alfredo y de Irma Anunciación Pagano, de profesión u oficio ex Comisario Inspector de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, con domicilio en Casa n° 111 Barrio Parque, de la localidad de General Rodríguez, a la pena de PRISION PERPETUA, ACCESORIAS LEGALES Y COSTAS DEL PROCESO, por resultar coautor de los delitos de HOMICIDIO AGRAVADO POR SU COMISION CON ALEVOSIA -dos hechos- de los que resultaran víctimas Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, y HOMICIDIO AGRAVADO POR SU COMISION CON ALEVOSIA EN GRADO DE TENTATIVA -siete hechos- de los que resultaran víctimas Aurora Cividino, Marcial Domingo Bareiro, Walter Javier Medina, Sebastián Roberto Conti, Leonardo Raúl Escobar Ferrari, Darío Pantoja y Miguel Ángel Paniagua, todos en concurso real entre sí, hechos ocurridos el día 26 de junio del año 2002, en la localidad de Avellaneda. (Arts. 5, 12, 19, 29 inc. 3º, 40, 41, 42, 45, 55, 80 inc. 2), del Código Penal y 210, 371, 375 inc. 2º y 530 del Código Procesal Penal).

XII.- CONDENANDO a ALEJANDRO GABRIEL ACOSTA, de nacionalidad argentina, sin apodos, nacido el 30 de octubre de 1975, Capital Federal, D.N.I. 24.822.187, hijo de Celso y de Norma Luz Castaño, de profesión u oficio ex Cabo Primero de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, con domicilio en la calle Centenario Uruguayo n° 1500 Edificio 28, 1er. piso, Departamento «A» de la localidad de Villa Domínico, Partido de Avellaneda, a la pena de PRISION PERPETUA, ACCESORIAS LEGALES Y

COSTAS DEL PROCESO, por resultar coautor de los delitos de HOMICIDIO AGRAVADO POR SU COMISION CON ALEVOSIA -dos hechos- de los que resultaran víctimas Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, y HOMICIDIO AGRAVADO POR SU COMISION CON ALEVOSIA EN GRADO DE TENTATIVA -siete hechos- de los que resultaran víctimas Aurora Cividino, Marcial Domingo Bareiro, Walter Javier Medina, Sebastián Roberto Conti, Leonardo Raúl Escobar Ferrari, Darío Pantoja y Miguel Ángel Paniagua, todos en concurso real entre sí, hechos ocurridos el día 26 de junio del año 2002, en la localidad de Avellaneda. (Arts. 5, 12, 19, 29 inc. 3º, 40, 41, 42, 45, 55, 80 inc. 2), del Código Penal y 210, 371, 375 inc. 2º y 530 del Código Procesal Penal).-

XIII.- CONDENANDO a OSVALDO FELIX VEGA, de nacionalidad argentina, sin apodos, nacido el 20 de agosto de 1954, en Lanús, D.N.I. 11.295.826, hijo de Félix Benito y de Gloria Haydee García, de profesión u oficio Comisario Mayor de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, con domicilio en la calle Ministro Brin n° 2541 de la localidad y Partido de Lanús, a la pena de CUATRO AÑOS DE PRISION, ACCESORIAS LEGALES Y COSTAS DEL PROCESO, por resultar autor del delito de ENCUBRIMIENTO AGRAVADO. (Arts. 5, 12, 19, 29 inc. 3º, 40, 41, 45, 277 inc. 1º letra d) e inc. 2º letra a) del Código Penal, texto según ley 25.246, y 210, 371, 375 inc. 2º y 530 del Código Procesal Penal)-

XIV.- CONDENANDO a FRANCISCO CELESTINO ROBLEDO, de nacionalidad argentina, sin apodos, nacido el 23 de febrero de 1958, D.N.I. 12.535.060, hijo de José Antonio y de Juana Teresa Ojeda, de profesión u oficio Suboficial de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, con domicilio en la calle Cordero n° 2078 de la localidad de Sarandí, Partido de Avellaneda, a la pena de DIEZ MESES DE PRISION DE EJECUCION CONDICIONAL E INHABILITACION ESPECIAL POR EL DOBLE DE TIEMPO, CON COSTAS, por resultar autor del delito de USURPACION DE AUTORIDAD. (Arts. 5, 20, 26, 29 inc. 3º, 40, 41, 45, 246 inciso 1º del Código Penal y 210, 371, 375 inc. 2º y 530 del Código Procesal Penal).-

XV.- CONDENANDO a LORENZO COLMAN, de nacionalidad argentina, sin apodos, nacido el 10 de agosto de 1969, D.N.I. 21.066.580, hijo de Salvador Colman Martínez y de Julia Concepción Larroza, de profesión u oficio desocupado, ex Cabo Primero de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, con domicilio en la calle Río Salado n° 2811 de la localidad y Partido de Florencio Varela, a la pena de DOS AÑOS DE PRISION DE EJECUCION CONDICIONAL Y LAS COSTAS DEL PROCESO, por resultar

autor del delito de ENCUBRIMIENTO AGRAVADO (Arts. 5, 26, 29 inc. 3º, 40, 41, 45, 277 inc. 1º letra d) e inc. 2º letra a) del Código Penal, texto según ley 25.246, y 210, 371, 375 inc. 2º y 530 del Código Procesal Penal).-

XVII.- CONDENANDO a CARLOS JESUS QUEVEDO, de nacionalidad argentina, sin apodos, nacido el 22 de septiembre de 1965, en Avellaneda, D.N.I. 17.936.779, hijo de Juan Carlos y de Emilia Scanavino, de profesión u ocupación ex Oficial Principal de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, con domicilio en la calle 12 de octubre n° 255 de la localidad y Partido de Avellaneda, a la pena de CUATRO AÑOS DE PRISION, ACCESORIAS LEGALES Y COSTAS, por resultar autor del delito de ENCUBRIMIENTO AGRAVADO en los términos del artículo 277 inc. 1º B ) y d), en concurso real entre sí, y 2º a) del Código Penal -texto según ley 25.246-. (Arts. 5, 12, 19, 29 inc. 3º, 40, 41, 45 y 55 del Código Penal, y 210, 371, 375 inc. 2º y 530 del Código Procesal Penal).-

XVIII.- CONDENANDO a MARIO HECTOR DE LA FUENTE, de nacionalidad argentina, sin apodos, nacido el 2 de octubre de 1976, en Avellaneda, D.N.I. 25.614.063, hijo de Mario Héctor y de Ida Serignese, de profesión u ocupación ex Oficial Subinspector de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, con domicilio en la calle Chascomús n° 849 de la localidad de Villa Domínico, Partido de Avellaneda, a la pena de CUATRO AÑOS DE PRISION, ACCESORIAS LEGALES Y COSTAS, por resultar autor del delito de ENCUBRIMIENTO AGRAVADO. (Arts. 5, 12, 19, 29 inc. 3º, 40, 41, 45, 277 inc. 1º letras d) e inc. 2º letra a) del Código Penal, texto según ley 25.246, y 210, 371, 375 inc. 2º y 530 del Código Procesal Penal).-

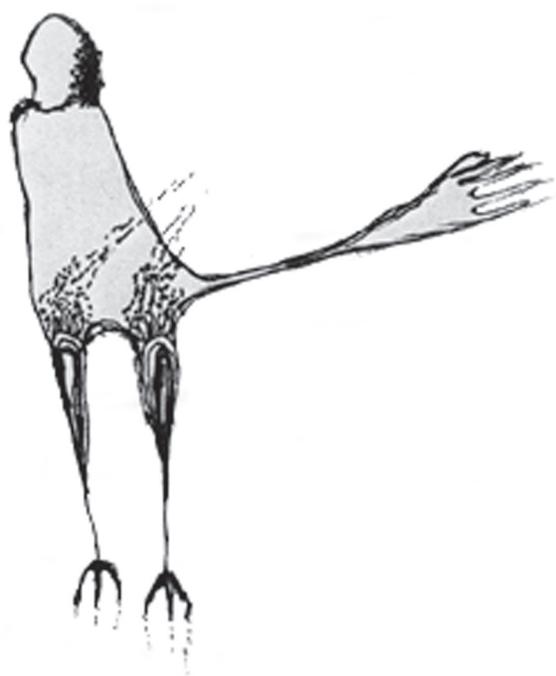
XIX.- CONDENANDO a ANTONIO GASTON SIERRA, de nacionalidad argentina, sin apodos, nacido el 23 de junio de 1978, en Capital Federal, D.N.I. 26.522.728, hijo de Roberto Carlos y de Eustacia Saavedra, de profesión u ocupación ex Oficial Subinspector de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, con domicilio en la calle 13 n° 173 de la localidad de Berazategui, Partido de Florencio Varela, a la pena de TRES AÑOS DE PRISION DE EJECUCION CONDICIONAL, MAS LAS COSTAS DEL PROCESO, por resultar autor del delito de ENCUBRIMIENTO AGRAVADO. (Arts. 5, 19, 26, 29 inc. 3º, 40, 41, 45, 277 inc. 1º letras d) e inc. 2º letra a) del Código Penal, texto según ley 25.246, y 210, 371, 375 inc. 2º y 530 del Código Procesal Penal).-

2) INTEGRAR el presente auto a la sentencia recaída en la fecha.-  
Artículo 109 del Código Procesal Penal.-

Regístrese y notifíquese.-

«FDO. DRES. ELISA BEATRIZ LOPEZ MOYANO. JUEZ. DR. ROBERTO A. W.  
LUGONES. JUEZ. DR. JORGE EDUARDO ROLDAN.  
JUEZ. ANTE MI: ROMINA CECE. SECRETARIA».

## MULTIPLICACIONES POÉTICAS



## RAZONES

Conmovido por la tragedia, mientras avanzaba bajo la lluvia por el puente Puyerrredón, en el medio de la manifestación que exigía justicia para Darío y Maxi, decidí escribir.

Primero fue un texto que surgió como a bocanadas, luego de rescatar algunas frases del papel mojado que atesoré en un bolsillo la tarde del puente. Traté entonces de registrar la esencia de los hechos, la Masacre, desde la *mirada del mal*. O sea: desbordado por la impotencia y el dolor, elegí que la voz de la historia llegara desde la boca del Verdugo, acaso pretendiendo que su exceso de blasfemias, insultos de toda laya y provocaciones perversas a la vida, nos despertara la apetencia desesperada del bien y la justicia. Pensé también que las víctimas no debían tener palabras, que el silencio cobraría la dimensión de la propia existencia ultrajada. Semejante estrategia la utilicé poco después para contar las fusilaciones de Manuel Dorrego y Juan José Valle, a quienes vi como símbolos de una tragedia reiterada, que se inicia con la propia fundación del país, y dando así real sentido de proceso histórico a la represión piquetera que culmina con los asesinatos en la estación de tren de Avellaneda.

El entrelazamiento por vía del Verdugo del drama de ayer y de hoy dio lugar como escritura a mi obra *Sombras nada más*.<sup>1</sup>

Meses más tarde, sin dudas motivado por haberse fijado la fecha para la iniciación del juicio público sobre la Masacre de Avellaneda, nuevamente me puse a trabajar sobre esta tragedia que despierta en mí tantas resonancias dramáticas. Surgió esta vez *La Pasión del Piquetero*,<sup>2</sup> donde el discurso original del Verdugo se realimenta en su crueldad con el eco de un grupo de Bufones. A ello se agregan los *Cantos del alma* en la voz de una mujer dulce y dolorosa, y el *Coro de*

*la Vida*, junto a la presencia del *Poeta*, enfrentando a la muerte desde la obstinada consumación del rito poético.

Un salto en el proceso creativo tuvo lugar en la Patagonia. Allí escribí las *Poéticas de las desesperación*. En la primera, desde la búsqueda de la justicia, y la segunda en pos de la belleza, intentando alcanzar lo que pocas veces un escritor logra: ponerse en la piel del otro, más todavía cuando se trata de dos jóvenes inmolados por el poder.

Publicada la sentencia del juicio, movido por ella y por los testimonios que había recogido de los familiares y compañeros de Darío y Maxi, escribí las multiplicaciones dramáticas: escenas con el padre de Darío por protagonista, y una serie de reflexiones y poemas como registro de una obstinación del arte para dar respuestas en un tiempo social donde los cuerpos rebeldes siguen siendo sacrificados en el altar del poder.

1. *Sombras nada más* se estrenó en el año 2004, en el Teatro Nacional Cervantes de la ciudad de Buenos Aires, con la actuación de Ricardo Gil Soria y dirección de Julián Howard.

2. Una versión de *La Pasión del Piquetero* se representó frente a los Tribunales de Lomas de Zamora, en mayo de 2005 con la dirección de Humberto “Coco” Martínez, la actuación protagónica de Ricardo Gil Soria, y la participación del actor Jorge Gomez y del grupo musical Contraviento, con el apoyo de artistas plásticos del Frente Popular Darío Santillán.

La obra completa se dio a conocer en el festival internacional de teatro, celebrado en agosto de 2005, en Formosa, con la actuación del “Grupo Raíces”, dirigido por Susana Bernardi.

Finalmente una versión ampliada y musicalizada se representó en la ciudad de Mar del Plata en el verano de 2007, dirigida por el autor y con la actuación del grupo teatral “La Esquiria”.

ESCENAS CON UN PADRE,  
A QUIEN MATARON SU HIJO...

1. El padre está allí, ante el cuerpo yacente de su hijo...

En la morgue del hospital le han quitado el barro y la sangre.

Es ahora un muerto limpio.

La bóveda celeste, con su belleza de estatua eterna, también está allí, y seguirá allí, como la infancia en el paraíso, superiora, aunque ya nadie la mire, y al fin nos espante, sin llantos, ni dolor, ni palabras, ni siquiera un suspiro...

Es que los cielos y los dioses jamás suspiran, desnudan una esencia sin pasiones, una perfección alada, perfectísima, que sería la absoluta exclusión de la precariedad humana, si no existiera -más que la piedad- la rebeldía que revive con el fuego que roba en la noche cada nuevo Prometeo...

2. Los cielos y los dioses no pueden socorrer el alma de un hombre conmovido. Ese hombre, apenas hoja de pobreza amarillada en las garras del viento,

pero capaz de abrir las puertas del infierno

y llevar hasta allí al asesino de su hijo..

...Hubo un cuerpo vejado y era su hijo.

...Un hijo en la cruz de los martirios y él era el padre...

3. El padre está ahora en una sala de tribunales. Es el final del juicio y el comienzo del estío.

Frente a frente, durante un año, estuvo el padre con el hombre que mató a su hijo. Oyó con detalles de su boca y de otras bocas cómo fue la fusilación y también el remate.

Si diera unos pasos podría tocar el cuerpo  
que trajo la muerte en el nefasto día...  
Pero él no desea lo que está vivo de la muerte. El necesita  
el dulce cuerpo de su hijo. (Cierra los ojos y sueña: su niño corre  
hacia el destino, como si el destino fuera el espejo de agua que  
atraviesa un niño...)

4. El asesino ha sido juzgado y condenado.  
Se escucha la sentencia del encierro. *Será al final  
por tantos años como la suma de los dedos de los pies  
y de las manos del cuerpo de mi hijo muerto,*  
piensa el padre que ve como las moscas extienden sus alas  
por la sala del juicio  
y promete llevar flores el domingo a la tumba que sigue abierta...

5. El asesino se mantiene en un silencio inquieto y sueña: un  
ángel con los ojos devorados por los malos sueños,  
se le acerca esgrimiendo un cuchillo y grita: *¡necesito tus  
ojos! ¡Necesito los ojos de un asesino para poder  
ver el cielo!*

El asesino se estremece y nadie se da cuenta: bien se sabe  
que los asesinos tienen perdida su alma en la eternidad.  
*El alma de los asesinos se degrada hasta convertirse  
en la llama que tortura el cuerpo de los demás  
pecadores,* dice, y es apenas un murmullo, la anciana  
que vende café por los pasillos, y lleva con aire majestuoso  
en su cabeza un pañuelo negro... *Para que el sol  
no me vea... Para que el sol no tenga más maldad,  
que ya abunda en las salas de los juicios...,* dice, y se va

con su murmullo, áspero, diríase, o tal vez como el agua de un pequeño río que igual golpea contra las piedras...

6. Por la ventana de la Sala de Justicia se puede ver la bóveda celeste, más perfecta y más lejana todavía... También se puede oír la voz de una mujer que canta, dulce y dolorosa... mientras las nubes se convierten en lluvia de mariposas...

En realidad la voz de la mujer, que parece venir del fondo de la niebla, sólo la escuchan el padre y los compañeros del muerto, que han cortado otra vez los puentes y las calles, como mañana cortarían los ríos y los mares para que la peste humana no avanzara, aguas abajo o aguas arriba...

La voz del dolor y la belleza no la escuchan los jueces y los guardianes, menos aún el asesino, espantados por los feroces ladridos con que los perros de ojos rojos reciben a la muerte, que se pasea por los cielos y por la tierra como si fuera la dueña del mundo y de todo lo que está vivo...

#### POST SCRIPTUM

Una escena más. Siempre habrá en el reino de la vida una escena más, aunque su misterio nos perturbe igual que el fluir de las olas... Es la hora del alba y el cielo es un incendio. Los muertos en sus tumbas están muy solos y están muy quietos...

Los cuerpos en la cama, en el sueño sin amor, también están  
muy solos y muy quietos... Y las músicas pasan de largo  
con la misma tristeza que los trenes por las estaciones cerradas...  
Se ve al asesino en el camino que llega hasta la cárcel...  
Se ve al padre del hijo muerto en el medio de la calle, detenido sobre  
sus pies, como si el tiempo ya no existiera...  
El juicio ha terminado y alguien le pregunta:  
*cómo se siente, qué es lo que piensa...*  
(simples y eternas son las preguntas.)  
El hombre puede ver las llamas en el cielo y ver también las llamas  
en su alma. Y dice, con voz gruesa:  
*Mi hijo está muerto y el que apretó el gatillo está preso y quedará  
preso, así como mi hijo seguirá muerto...*  
Brilla por un instante el silencio.  
*¿Qué opina de los jueces y de la justicia?*, también preguntan.  
(Simples y eternas son las preguntas.)  
*La justicia está más lejos y más muerta que mi hijo, quien no  
morirá en los olvidos de los cementerios...*  
*De los jueces aún espero la última sentencia... Alguien  
llenó de muerte el alma del verdugo, alguien movió  
con muerte su mano... ¡Que pague el verdugo, pero más el titiritero!*  
El cielo en la noche es apenas un desierto —ni siquiera  
un infierno— para que dancen sonámbulas y gratuitas  
las estrellas.

## EL LENGUAJE DEL MAL

*El mal existe si acaso lo pensamos.  
Desolados ante el abismo  
con la cruz del lenguaje  
urdimos la salvación...*

*Para conocer el lenguaje del mal  
el bien nos presta su silencio...*

### I

El lenguaje del mal habla de Dios;  
Precisa una divina gracia  
Que borre del espejo la mirada  
Ante el tamaño de la desolación...

### II

Recogerás como viento alucinado  
Cada suspiro del alma que tiembla  
En la invocación sagrada,  
¿O es un sollozo enmudecido tras la blasfemia  
cuando el lenguaje del mal sacude  
niña al fin  
el telón manchado de la noche...?

### III

El lenguaje del mal humilla a Dios;  
Como el silencio de Dios humilla al hombre  
Desnudo más que pobre,  
acurrucado,  
Bajo la mortaja de su nacimiento...

IV

Detrás de la línea perlada de horizonte,  
    en la espesura,  
Está y no está la mano del ángel de la misericordia,  
Que oprime la garganta donde el lenguaje del mal  
    se apaga  
Igual que una vela  
O que un mar de andrajos...

V

En el lenguaje del mal la escatología  
Como un desierto sin ojos ni certezas  
Une la esperanza a la demencia;  
Mientras la obscenidad desmonta del cielo  
Para quitarle el último ropaje a la pobreza...

VI

El lenguaje del mal despierta el sentido  
*Del pecado en el mundo;*  
Hay una finitud que ríe  
    muda y ciega  
Vacía de pensamientos igual que un niño  
    jugando a las cartas con la muerte

VII

El lenguaje del mal tañe y tañe  
Las campanas en la ilusión del placer;  
Hasta que el sueño del alma se hiela  
Junto al sudor de los cadáveres...

VIII

Allí donde la poesía se detiene  
    presa del pavor  
Inicia su camino el lenguaje del mal  
Lo mueve una idea fija: hundir su cuchilla  
    en la boca de Dios...

IX

No le reclamen caridad ni amor...  
Apenas la fatiga y a veces el hastío detienen  
Al lenguaje del mal  
Tampoco Dios nos consuela  
Aunque haya creado sin deseo  
Una madre para su hijo

X

En la seguridad de la vida el lenguaje del mal  
Es la gota de agua que eroda la piedra...  
Pasión y celo:  
Quien tiene sed se arrojará al infierno  
En busca del fuego prometido...

XI

El lenguaje del mal es anterior al crimen  
La culpa y la conciencia jamás serán la  
    sombra de sus pasos  
El invierno de los días no comienza  
con promesas livianas  
Solo la inocencia mordisquea la manzana  
de la corrupción

Un cuerpo sin alma es más triste que un  
alma sin cuerpo  
Las trompetas del juicio final nunca  
conocerán las músicas...

XII

Siento venir el oro del alba  
Preparo mi corazón en el lecho del río  
y aguardo  
Que el lenguaje del mal se pose  
en mis labios  
Para iniciar los himnos de la despedida...

XIII

La contemplación del mundo  
engendra el estupor  
y mañana la náusea  
Tanto dolor cierra los ojos del moribundo...  
El lenguaje del mal se planta frente a Dios  
Faz a faz hasta colmar su vacío  
Y sin reverencia y lejos de la piedad  
Lo despoja del poder de su silencio  
Para que chille  
Como un cerdo en el matadero

XIV

Iluminar la luz en el final del día  
Vaciar de pena la necesidad de lo oscuro y  
sus presagios

Volver deseable el deseo mientras el cuerpo  
se corporiza en el espanto...  
Todo ello lo puede el lenguaje del mal  
Si una melodía sin memorias  
le abre sus labios

XV

Todo hombre que le birla el fuego a Dios  
Termina en la piedra del sacrificio  
Día y noche opacado ante el brillo de la eternidad  
Ya no sentirá temor;  
La soledad será su río  
Y el lenguaje del mal anidará en su pecho:  
Igual que un pájaro  
Inventa los cielos...

XVI

La sospecha del crimen  
Es una mácula de sangre  
sobre el cristal del terciopelo;  
Entonces el lenguaje del mal pulirá una  
a una las estrellas  
Nada es casual en la bóveda celeste  
Y ninguna agonía amanece eterna...

XVII

Ya conoces los bordes en sombras  
del mísero cuerpo;  
Semejante liviandad te hechiza,

Tamaño saber te abruma  
Por eso te refugias en el lenguaje del mal  
Como un viejo que ríe  
    Sin dientes  
    Ni pecados...

XVIII

Ya no hay límites en el lenguaje del mal  
Todas las puertas conducen al paraíso;  
Tampoco hay esperanzas en el lenguaje del mal  
Lo bello y lo tremendo se llevan a las patadas  
Dios goza con la infamia humana y el niño de sus  
    blandos confites...

XIX

Puedes gritarlo a boca de jarro:  
*Estás curado de espanto*  
Anoche en el sueño de la gran tormenta  
Dios se lamía su verga bien desenvainada  
Como quien toca el piano a cuatro manos...  
Hoy puedes transitar por el lenguaje del mal  
Ve con tu pena...

XX

De niño te prometieron  
La santidad,  
Ahora conoces la maldición  
De estar vivo entre los murmullos  
De la marcha de la muerte;

Por eso en tu boca el lenguaje del mal  
Huele como el perfume de la redención...  
Todo el pasado tiembla...

XXI

El beato con aires de beato  
Es un escándalo para el lenguaje del mal;  
Que poco soporta los delirios de los mártires  
Menos todavía las mejillas rosadas de las vírgenes  
Abiertas de piernas sobre el mármol del altar

XXII

Cada mañana a la hora del lucero  
El lenguaje del mal besa a los ángeles  
Del canto marchito  
Después igual que la hiena  
Los devora vivos... Sin mayor pasión...  
Casi con aburrimiento..

XXIII

Nada puede calmar la sed  
Que marca los ritmos del lenguaje del mal;  
Andar por el desierto seca los testículos  
Y el alma es bofe rojo  
Para el hambre gigante de los gatos...

XXIV

Pagarías con monedas de oro  
Para que los cuervos limpiaran los huesos  
De tu cadáver

Sin embargo te aferras al lenguaje del mal  
Como un naufrago que descubre  
Dentro de sus ojos  
La locura del sol...

XXV

La pasión aviva el lenguaje del mal  
Que es simple y obstinado como el viento  
Cuando desnuda el origen del fuego;  
Ese viento atrapado en las pupilas del miedo...  
Ese fuego que brota de la nada...  
Igual que los silencios...

XXVI

Las sombras conocen el lenguaje del mal  
También la luz descifra los estertores  
del herido que agoniza;  
Así los días suben sobre sus alas  
hasta llegar al día  
Aturdido el cielo como el padre  
que en el medio de la vida  
entierra a su hijo...

XXVII

El paisaje contiene todas las cenizas  
de la antigua armonía  
Sobre las fronteras de la inocencia  
el lenguaje del mal ya no tiene palabras;  
Es una lengua mutilada que yace  
en un vaso de agua...

XXVIII

Mientras la muerte nos acerca  
La pregunta de Dios: *¿qué has hecho con el amor...?*  
El lenguaje del mal permite a boca de jarro  
La conciencia del *salto al vacío*  
Es la postrer belleza  
De la postrer soledad...

XXIX

Sálvanos poesía (oh madre de las alucinaciones)  
Cuando ateridos por los fríos del misterio  
El lenguaje del mal nos abra  
Las puertas del infierno...

XXX

El alma escucha el lenguaje del mal y se estremece  
Furtivo el cuerpo sube a caballo  
Del lenguaje del mal  
Es un arenal perfecto y sin estrellas  
No hay redención...  
Apenas silencio...  
Ya nada se mueve...  
Sea.







## ÉPOCAS

Hay épocas en que la poesía se espanta de las almas benditas y de los espíritus sin mácula que cuentan estrellas ante las sombras del río...

Hay épocas en que la poesía pierde la buena medida, el buen tono, la buena contemplación, el buen amor, el buen humor, la buena razón y el buen apetito con que los cuerpos abren las puertas del destino...

Hay épocas en que la poesía llora en la noche con lágrimas de niño y dice adiós a la belleza sin estrépito, y corre hacia el infierno con botas de gigante para sus pies desechos...

Hay épocas en que la poesía no duerme entre las sábanas almidonadas de la cultura, debe buscársela sonámbula y a los tumbos, casi ciega, entre tiros y gritos y pájaros de mal agujero, en noticias policiales...

Hay épocas en que la poesía sólo conoce las prácticas subversivas y los métodos piqueteros (la cosa es: tomar por asalto el palacio de verano y el de invierno, o cortar las rutas, o cubrir de humo negro el cielo, o morir de pobre, en la soledad del silencio,

como los elefantes mueren en los bordes de la selva.)  
Entonces la poesía anda sin brújula, a saltos de mata,  
de un lado a otro, del mar a la meseta, mientras el otoño  
nos envuelve con su luz dorada  
y solo cambia que uno está más viejo...

Hay épocas en que la poesía se plantea una última cuestión:  
¿cuándo lleguen los poetas del mañana,  
los que anuncian la alegría,  
tendremos algo más para recibirlos  
que tumbas de inocentes sin justicia  
y la moneda de la vida jugada a cara o cruz...?

## LÁZAROS

Cesa... de dar vueltas a la noria...  
O más claro: deja de escribir, como si el papel  
fuera la piel de un dios antiguo...  
Basta de engaños: no buscas el buen oficio  
de las letras, la clara justicia o la oscura  
verdad. Tampoco se trata de si tu amado  
Sócrates tenía razones para despreciar todo  
lo que no fuera la palabra que camina (al fin  
se suicidó y quedan sospechas...)  
Vayamos al grano: tu contienda real es con la muerte...  
Que tu necesidad, tu deseo, o tu maldita obstinación  
de herencia campesina  
no se conviertan en delirio (ya conoces los pantanos,  
pon calma a la insistencia...)  
No tendrás tus Lázaros... Nadie se levanta  
del silencio porque tu lo escribas...  
Aceptarás que la palabra no le quita a la muerte  
lo que tiene por suyo,  
y menos impone a la vida las dudosas reglas de un dudoso arte...  
La realidad del agua escapa de tus manos igual que un sueño...

Mírate en el espejo... Ni siquiera esa belleza  
que invocas desde niño por mísero consuelo  
tiene que ver contigo.  
Ese ser aturdido y más que torpe...  
confundido con su propia sombra...  
Despídete... Deja la tristeza de los cuerpos...  
*La muerte no es más que un sueño, pero nos roba el alma...*



# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
LA CUESTIÓN HISTÓRICA	11
LA CUESTIÓN ESTÉTICA	17
SONATINAS	23
LA PASIÓN DEL PIQUETERO ( <i>¡HAY QUE MATAR A LOS POBRES!</i> )	25
I. PRELUDIO AL CANTO	53
II. CANTO DE PAZ	55
PASIÓN POR LA JUSTICIA	59
PASIÓN POR LA BELLEZA	65
SONATINAS	73
I. TESTIMONIO DE ALBERTO SANTILLÁN	75
II. TESTIMONIOS DE MARA Y JULIETA KOSTEKI	89
III. TESTIMONIO DEL MTD ANÍBAL VERÓN	99
DECLARACIONES DEL FRENTE POPULAR DARÍO SANTILLÁN	111
LA SENTENCIA	113
RAZONES	119
ESCENAS CON UN PADRE, A QUIEN MATARON A SU HIJO	121
EL LENGUAJE DEL MAL	125
ÉPOCAS	137
LÁZAROS	139



ESTA EDICIÓN  
DE 1.000 EJEMPLARES  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN DICIEMBRE DE 2010  
EN PAVÓN 1625, AVELLANEDA,  
BUENOS AIRES, ARGENTINA.

